

[EPISTOLAE.(C,G,S)*]

EPISTOLA PRIMA, AD ALBINUM ABBATEM.

Al muy deseado y reverendísimo Padre Albino, Beda, siervo de Cristo, salud.

Recibí con gran alegría los pequeños regalos de tu amor, que te dignaste enviar a través de nuestro venerable hermano Nothelmo, presbítero, y especialmente las cartas, con las cuales por segunda vez te has preocupado en ayudarme e instruirme frecuentemente en la historia eclesiástica de nuestra gente, que ya hace tiempo me instigaste a escribir. Por lo cual, tan pronto como pude terminarla, te la devolví para que la transcribieras. Pero también te envié otro volumen, que supe que deseabas en parte, como retribución para que lo transcribas, a saber, aquel que recientemente publiqué sobre la estructura del templo de Salomón y su interpretación alegórica. Y te suplico, amadísimo Padre, que recuerdes interceder diligentemente ante el piadoso Juez por mi fragilidad junto con los siervos de Cristo que están contigo; y que también aconsejes a aquellos a quienes hagas llegar nuestras obras que hagan lo mismo. Que estés bien, siempre amadísimo y óptimo Padre en Cristo.

EPISTOLA II, AD ECGBERCTUM ANTISTITEM.

Al muy querido y reverendísimo obispo Ecgbercto, Beda, siervo de Cristo, salud.

Recuerdo que el año pasado dijiste, cuando estuve contigo algunos días en tu monasterio por el placer de la lectura, que este año también querías, cuando llegaras al mismo lugar, invitarme a tu conversación por el interés común en la lectura. Si esto pudiera cumplirse, con la voluntad de Dios, no sería necesario enviarte estas palabras por carta, ya que podría hablarte más libremente cara a cara, sugiriéndote en secreto lo que quisiera o considerara necesario. Pero como sabes, la salud de mi cuerpo, que se interpuso, impidió que esto sucediera; sin embargo, me preocupé por hacer lo que pude por el amor fraternal hacia ti, enviando por carta lo que no pude hacer en persona. Y te ruego por el Señor que no sospeches que estas líneas son una muestra de arrogancia, sino que reconozcas que son un verdadero servicio de humildad y piedad.

Exhorto, por tanto, a tu santidad, amadísimo en Cristo Obispo, a que recuerdes confirmar con santa operación y doctrina el sagrado grado que el Autor de los grados y dador de los carismas espirituales se dignó confiarte. Pues ninguna de estas virtudes puede cumplirse debidamente sin la otra: si quien vive bien descuida el oficio de enseñar, o si el obispo que enseña correctamente desprecia practicar la recta operación. Pero quien verdaderamente hace ambas cosas, ciertamente tal siervo espera con alegría la venida de su Señor, esperando escuchar pronto: Bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho: Entra en el gozo de tu señor (Mat. XXV). Si alguien, lo que Dios no quiera, habiendo recibido el grado de obispo, no se preocupa por corregirse a sí mismo de malas acciones viviendo bien, ni por corregir a la gente que le está subordinada castigándola o amonestándola: ¿qué le sucederá a este cuando venga el Señor en la hora que no espera? La sentencia evangélica lo declara claramente, diciendo al siervo inútil: Echadlo a las tinieblas exteriores, allí será el llanto y el crujir de dientes (Ibid.).

Sobre todo, aconsejo a tu santa paternidad que te abstengas de conversaciones ociosas, murmuraciones y otros contagios de lengua indomable, y que ocupes tu lengua y mente en los divinos discursos y meditaciones de las Escrituras, especialmente leyendo las Epístolas del bienaventurado apóstol Pablo a Timoteo y Tito, y también las palabras del santísimo papa

Gregorio, quien disertó con gran cuidado sobre la vida y los vicios de los rectores, ya sea en el libro de la Regla Pastoral o en las homilias del Evangelio, para que tu discurso siempre esté sazonado con la sal de la sabiduría, más elevado que el lenguaje vulgar, y resplandezca digno del oído divino. Pues así como es indecoroso que los vasos sagrados del altar se profanen con usos vulgares y viles oficios, así es de todo modo perverso y miserable que quien ha sido ordenado para consagrar los sacramentos del Señor en el altar, ahora asista para servir al Señor en la confección de esos mismos sacramentos, y luego, saliendo de la Iglesia, con la misma boca y manos con las que poco antes había tratado lo sagrado, comience de repente a hablar o actuar frívolamente, ofendiendo al Señor.

Para guardar la pureza de la lengua y la obra, junto con la lectura divina, también ayuda mucho la compañía de aquellos que sirven a Cristo con devoción fiel. Para que si alguna vez la lengua comienza a desvariar o la operación mala a infiltrarse en mí, inmediatamente sea sostenido por la mano de los fieles compañeros para que no caiga. Lo cual, aunque es muy útil para todos los siervos de Dios, cuanto más para aquel grado que no solo debe cuidar de sí mismo, sino que también debe esforzarse por la salvación de la Iglesia que le ha sido confiada; según aquel que dijo: Además de las cosas exteriores, mi preocupación diaria, la solicitud de todas las Iglesias. ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XII). No lo digo como si supiera que haces lo contrario, sino porque se ha divulgado la fama de que algunos obispos sirven a Cristo de tal manera que no tienen consigo a ningún hombre de religión o continencia, sino más bien a aquellos que se entregan a la risa, los juegos, las historias, las comilonas y las borracheras, y a otras seducciones de una vida más relajada, y que alimentan más el vientre con manjares que la mente con sacrificios celestiales. A quienes, si los encuentras en algún lugar, quisiera que corrigieras con tu santa autoridad, y que aconsejaras a tales que tengan como testigos de su conversación diaria o nocturna a aquellos que, con acción digna de Dios y exhortación adecuada, puedan beneficiar a los pueblos y ayudar en la obra espiritual de sus obispos. Lee los Hechos de los Apóstoles y verás, según relata el bienaventurado Lucas, qué compañeros tenían consigo los apóstoles Pablo y Bernabé, y qué obra realizaban dondequiera que llegaban. Pues tan pronto como entraban en las ciudades o sinagogas, se preocupaban por predicar y difundir la palabra de Dios por todas partes. Lo cual deseo que tú, mi queridísimo jefe, cumplas diligentemente dondequiera que puedas. Pues para este oficio fuiste elegido por el Señor, para este fuiste consagrado, para que evangelices la palabra con gran poder, con la ayuda del mismo Rey de las virtudes, nuestro Señor Jesucristo. Lo cual cumplirás debidamente si dondequiera que llegues, reuniendo a los habitantes de ese lugar, les ofreces la palabra de exhortación, y al mismo tiempo muestras el ejemplo de vida junto con todos los que vienen contigo como un líder de la milicia celestial.

Y dado que los espacios de los lugares que pertenecen al gobierno de tu diócesis son más amplios de lo que podrías recorrer solo, y no podrías predicar la palabra de Dios en cada aldea y campo, incluso recorriendo todo el año, es muy necesario que te asocies con más ayudantes en la obra sagrada, ordenando presbíteros e instruyendo a maestros, que en cada aldea prediquen la palabra de Dios, consagren los misterios celestiales, y especialmente se dediquen a los oficios del sagrado bautismo donde sea oportuno. En esta predicación que se debe ofrecer a los pueblos, creo que es necesario procurar con toda diligencia que la fe católica contenida en el Símbolo de los apóstoles y la oración del Señor que nos enseña la Escritura del santo Evangelio, se graben profundamente en la memoria de todos los que pertenecen a tu gobierno. Y ciertamente todos los que han aprendido la lengua latina por el uso de la lectura, también han aprendido esto muy bien: pero haz que los iletrados, es decir, aquellos que solo tienen conocimiento de su propia lengua, digan y canten diligentemente

estas mismas cosas en su lengua. Esto debe hacerse no solo con los laicos, es decir, aquellos que aún están en la vida secular, sino también con los clérigos o monjes que no conocen la lengua latina. Así se logra que toda la comunidad de fieles aprenda cómo debe ser fiel, con qué firmeza de fe debe armarse y protegerse contra las luchas de los espíritus inmundos; así, que todo el coro de suplicantes a Dios reconozca qué es lo que más debe buscarse de la divina clemencia. Por lo cual, yo mismo he ofrecido a muchos sacerdotes iletrados ambos, el Símbolo y la oración del Señor, traducidos al idioma de los anglos. Pues el santo obispo Ambrosio también aconseja, hablando de la fe, que las palabras del Símbolo sean cantadas siempre en las horas matutinas por todos los fieles, y que se protejan con esto como con un antídoto espiritual contra los venenos del diablo que podría astutamente lanzarles de día o de noche. La oración del Señor, en cambio, la misma costumbre de la súplica diligente y la flexión de las rodillas nos ha enseñado a cantarla con frecuencia.

Si tu autoridad pastoral logra esto en el gobierno y cuidado de las ovejas de Cristo, no se puede decir cuánto te habrás preparado de recompensa celestial ante el Pastor de los pastores en el futuro. Pues cuanto más raros encuentres ejemplos de esta obra sacratísima en los obispos de nuestra gente, tanto más altos recibirás los premios de mérito singular; como quien, por la frecuente recitación del Símbolo o de la sagrada Oración, ha encendido y provocado con piedad y solicitud paterna al pueblo de Dios al entendimiento, amor, esperanza, fe e investigación de los dones celestiales que se cantan. Por el contrario, si cumples menos diligentemente el negocio que el Señor te ha confiado, recibirás parte en el futuro con el siervo malo y perezoso por retener el talento: especialmente si te atreves a requerir y recibir de ellos bienes temporales, a quienes no has probado devolverles ningún don celestial. Pues cuando el Señor, enviando a predicar a los discípulos, dijo: Id y predicad, diciendo que el reino de los cielos se ha acercado (Mat. X), poco después añadió, diciendo: De gracia recibisteis, dad de gracia; No poseáis oro, ni plata (Ibid.). Si, por tanto, les mandó predicar el Evangelio de gracia, y no les permitió recibir oro, plata o cualquier cosa de valor temporal de aquellos a quienes predicaban: ¿qué peligro, pregunto, amenaza a aquellos que hacen lo contrario?

Considera qué grave crimen cometen aquellos que diligentemente buscan ganancias terrenales de sus oyentes, y no se esfuerzan en absoluto por dedicar trabajo a su salvación eterna, ya sea predicando, exhortando o reprendiendo. Considera con atención y curiosidad, amadísimo obispo. Pues hemos oído, y es fama, que muchas aldeas y pueblos de nuestra gente están situados en montañas inaccesibles y bosques densos, donde nunca en muchos años ha sido visto un obispo que allí haya ofrecido algún ministerio o gracia celestial; de los cuales, sin embargo, ni uno solo puede estar exento de tributos que deben rendirse al obispo: y no solo falta un obispo en tales lugares que confirme a los bautizados con la imposición de manos, sino que también falta todo maestro que les enseñe la verdad de la fe o la distinción entre la buena y la mala acción. Así sucede que algunos obispos no solo no evangelizan de gracia, ni imponen manos a los fieles; sino que, lo que es más grave, habiendo recibido dinero de sus oyentes, que el Señor prohibió, desprecian ejercer la obra de la palabra que el Señor mandó: cuando el amado pontífice Samuel, se dice que actuó de manera muy diferente con todo el pueblo como testigo. Así que, conversando, dice, ante vosotros desde mi juventud hasta este día, aquí estoy, hablad de mí ante el Señor y ante su Cristo, si he tomado el buey de alguien, o el asno, si he calumniado a alguien, si he oprimido a alguien, si he recibido un regalo de la mano de alguien: y lo despreciaré hoy, y os lo restituiré. Y dijeron: No nos has calumniado, ni oprimido, ni has tomado nada de la mano de nadie (I Reg. XII). Por el mérito de cuya inocencia y justicia, mereció ser contado entre los primeros líderes y sacerdotes del pueblo de Dios, y ser digno de ser escuchado y hablado por el cielo en sus oraciones,

diciendo el Salmista: Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre, invocaban al Señor y él los escuchaba: en la columna de nube hablaba con ellos (Sal. XCVIII).

Si creemos y confesamos que se puede conferir alguna utilidad a los fieles por la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo, es evidente, por el contrario, que esta misma utilidad falta a aquellos a quienes les falta la imposición de manos. ¿A quiénes, entonces, más que a los mismos obispos, que prometen ser sus prelados, pero que descuidan o no pueden ofrecerles el oficio espiritual del prelatura, se refiere esta privación de bien? De todo este crimen, ninguna causa es más que la avaricia. Contra la cual, discutiendo el Apóstol, en quien hablaba Cristo, decía: La raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10). Y de nuevo: Ni los avaros, dice, poseerán el reino de Dios (I Cor. VI, 10). Pues cuando el obispo, dictado por el amor al dinero, ha asumido la mayor parte del pueblo, que de ninguna manera podría recorrer predicando o visitar durante todo el año, en el nombre de su prelatura: se demuestra que está causando un peligro muy mortal tanto para sí mismo como para aquellos a quienes se ha puesto falsamente como prelado.

Insinuando brevemente a tu santidad, amadísimo obispo, sobre la calamidad con la que nuestra gente sufre miserablemente, te ruego diligentemente que te esfuerces por corregir, en la medida de lo posible, estas cosas que ves que se hacen de manera muy perversa. Pues tienes, como creo, un ayudante muy dispuesto en tan justa labor, a saber, el rey Ceolwlf, quien, por su amor innato a la religión, se preocupará de inmediato por ayudar firmemente en todo lo que pertenezca a la regla de la piedad, y especialmente en aquellas cosas que, siendo tú su pariente más querido, comiences bien, él se esforzará por que se completen. Por lo tanto, quisiera que lo aconsejaras diligentemente para que en vuestros días se preocupe por restaurar el estado eclesiástico de nuestra gente mejor de lo que había sido hasta ahora. Lo cual, como me parece, no puede lograrse de otra manera más que consagrando más obispos para nuestra gente, y siguiendo el ejemplo del legislador, quien, cuando no pudo soportar solo las disputas y el peso del pueblo israelita, eligió y consagró setenta ancianos con la ayuda del consejo divino, con cuya ayuda y consejo pudiera llevar más fácilmente la carga que se le había impuesto. ¿Quién no ve cuánto mejor es dividir tan enorme carga de gobierno eclesiástico entre más personas que puedan llevarla más fácilmente, que oprimir a uno solo bajo un fardo que no puede llevar? Pues el santo papa Gregorio, cuando discutía sobre la fe de nuestra gente, que aún estaba por venir y debía ser conservada en Cristo, en cartas enviadas al bienaventurado arzobispo Agustín, decretó que se ordenaran doce obispos en ella, después de que vinieran a la fe; entre los cuales el obispo de York, habiendo recibido el palio de la sede apostólica, debía ser metropolitano. Este número de obispos quisiera que ahora tu santa paternidad, con la ayuda del patrocinio del piadosísimo y amado por Dios rey mencionado, se esforzara por cumplir diligentemente, para que, con un número abundante de maestros, la Iglesia de Cristo sea instruida más perfectamente en lo que respecta al culto de la sagrada religión. Y ciertamente sabemos que por la negligencia de los reyes anteriores y las donaciones más insensatas, no es fácil encontrar un lugar vacío donde se deba establecer una nueva sede episcopal.

Por lo tanto, sería conveniente, habiendo convocado un gran consejo y con el consenso pontifical y real, que se dispusiera un lugar en alguno de los monasterios donde se estableciera una sede episcopal. Y para que no sea que el abad o los monjes intenten oponerse y resistir este decreto, se les dé licencia para que elijan de entre los suyos a quien deba ser ordenado obispo, y que cuide episcopalmente de los lugares adyacentes que pertenezcan a la misma diócesis junto con el mismo monasterio: o si acaso no se puede encontrar en el mismo monasterio quien deba ser ordenado obispo, que, sin embargo, según los estatutos de los

cánones, dependa de su juicio quién de su diócesis sea ordenado obispo. Si esto, como sugerimos, lo logras con la ayuda del Señor, creemos que también obtendrás fácilmente que, según los decretos de la sede apostólica, la Iglesia de York pueda tener un obispo metropolitano. Y si parece necesario que tal monasterio, por la causa de recibir el episcopado, deba ser aumentado con más lugares y posesiones, hay innumerables lugares, como sabemos, todos inscritos bajo el nombre de monasterios, pero que no tienen en absoluto ninguna conversación monástica: de los cuales quisiera que algunos sean transferidos de la lujuria a la castidad, de la vanidad a la templanza, de la intemperancia del vientre y la gula a la continencia y piedad del corazón con autoridad sinodal, y que se asuman en ayuda de la sede episcopal que debe ser ordenada recientemente.

Y porque hay muchos y grandes lugares que, como se suele decir, no son útiles ni a Dios ni a los hombres, ya que no se observa allí una vida regular según Dios, ni los poseen soldados o condes de poderes seculares que defiendan a nuestra gente de los bárbaros: si alguien establece una sede episcopal en esos mismos lugares por necesidad de los tiempos, no incurrirá en culpa de transgresión, sino que se probará que realiza una obra de virtud. Pues, ¿cómo puede considerarse pecado si los juicios injustos de los príncipes son corregidos por el examen recto de príncipes mejores, y el estilo mentiroso de los escribas inicuos es borrado y reducido a nada por la sentencia prudente de sacerdotes sabios, según el ejemplo de la historia sagrada, que describiendo los tiempos de los Reyes de Judá desde David y Salomón hasta el último Zedequías, señala que algunos de ellos fueron religiosos, pero la mayoría reprobos, alternando las veces en que los impíos reprobaron las obras de los buenos que les precedieron, y al contrario, los justos corrigieron con toda insistencia las acciones nocivas de los impíos que les precedieron, como era justo, con la ayuda del Espíritu de Dios, a través de los profetas santos y sacerdotes; según lo que dice el bienaventurado Isaías, ordenando y diciendo: "Desata las ligaduras de las injustas transacciones. Deja libres a los quebrantados en remisión, y rompe toda escritura inicua" (Isa. LVIII). Con este ejemplo, también conviene a tu santidad, junto con el rey religioso, derribar los actos y escritos irreligiosos e inicuos de los anteriores de nuestra gente, y prever lo que sea útil para nuestra provincia, ya sea según Dios o según el siglo: para que en nuestros tiempos, cesando la religión, no se abandone el amor y temor del inspector interno, o, escaseando la milicia secular, falten quienes defiendan nuestras fronteras de la incursión bárbara. Pues es vergonzoso decir que tantos lugares bajo el nombre de monasterios han sido tomados por aquellos que son completamente ajenos a la vida monástica, como bien sabéis, de modo que no hay lugar donde los hijos de nobles o soldados retirados puedan recibir posesión: y por eso, vacantes y sin matrimonio, después de la pubertad, sin propósito de continencia, persisten, y por esta razón dejan su patria, por la que deberían haber luchado, yendo al otro lado del mar; o, con mayor crimen e impudencia, aquellos que no tienen propósito de castidad, se entregan a la lujuria y fornicación, y no se abstienen de las vírgenes consagradas a Dios.

Pero otros, con un delito aún más grave, siendo laicos y sin experiencia o amor por la vida regular, compran con dinero dado a los reyes territorios bajo el pretexto de construir monasterios donde puedan entregarse más libremente a su lujuria, y además hacen que estos sean inscritos como herencia suya por edictos reales, y obtienen que las mismas cartas de sus privilegios sean confirmadas con la suscripción de pontífices, abades y poderes seculares, como si fueran verdaderamente dignas de Dios. Así, usurpando para sí mismos pequeñas tierras o aldeas, libres de servicio divino y humano, sirven solo a sus deseos, laicos mandando a monjes: en realidad, no congregan monjes allí, sino que encuentran a quienes, expulsados de verdaderos monasterios por desobediencia, vagan por ahí, o logran atraer a los monasterios; o ciertamente invitan a sus propios seguidores a recibir la tonsura con la

promesa de obediencia monástica. Llenan sus celdas con estas cohortes distorsionadas, y con un espectáculo deforme e inaudito, los mismos hombres a veces cuidan de esposas y procreación de hijos, y a veces, levantándose de sus lechos, discuten con atención lo que debe hacerse dentro de los monasterios. Incluso buscan lugares para construir, como dicen, monasterios para sus esposas, que, siendo laicas, se permiten ser rectoras de las siervas de Cristo. A quienes les conviene el proverbio popular: "las avispas pueden hacer panales, pero no almacenan miel en ellos, sino veneno".

Así, durante unos treinta años, es decir, desde que el rey Aldfrid fue apartado de los asuntos humanos, nuestra provincia ha estado demente con ese error insensato, de modo que casi ninguno de los prefectos ha existido desde entonces que no haya adquirido para sí un monasterio de este tipo durante su prefectura, y haya atado a su esposa con la misma culpa de comercio nocivo: y prevaleciendo la pésima costumbre, también los ministros y siervos del rey se han esforzado por hacer lo mismo. Y así, en orden perverso, se han encontrado innumerables que se llaman a sí mismos abades y prefectos o ministros o siervos del rey, que, aunque como laicos no han podido aprender algo de la vida monástica por experiencia, sino por oído, sin embargo, carecen completamente de la persona y profesión que debería enseñar esto. Y ciertamente, como sabes, tales personas de repente, a su antojo, reciben la tonsura, y por su propio juicio, de laicos se convierten no en monjes, sino en abades. Pero como se prueba que no tienen ni conocimiento ni interés por la virtud mencionada, ¿qué otra cosa les conviene que la maldición evangélica que dice: "Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo"? (Mat. XV.) Esta ceguera podría terminar alguna vez, y ser contenida por la disciplina regular, y ser expulsada de los confines de la santa Iglesia por la autoridad pontifical y sinodal, si no se probara que los mismos pontífices más bien ayudan y apoyan tales crímenes: que no solo no se preocupan por infringir tales decretos injustos con decretos justos, sino que más bien se esfuerzan por confirmarlos con sus suscripciones, como hemos dicho antes: la misma avaricia que dicta a los compradores adquirir tales monasterios.

Podría aún decirte muchas cosas sobre estos y otros transgresores por los cuales nuestra provincia es miserablemente afligida, en estas cartas, si no supiera que tú mismo conoces con certeza estas mismas cosas. Pues no escribí esto como si te fuera a enseñar cosas que no sabías antes, sino para recordarte con una exhortación amistosa que corrijas con diligencia, en la medida de tus posibilidades, los errores que conoces bien.

Y ahora te ruego y exhorto mucho en el Señor, que protejas diligentemente el rebaño que te ha sido confiado de la maldad de los lobos que irrumpen: y recuerdes que has sido constituido no como un mercenario, sino como un pastor, que demuestres el amor del supremo Pastor con el cuidado solícito de sus ovejas, y que estés preparado para dar tu vida por ellas, si así lo requiere la situación, junto con el bienaventurado príncipe de los apóstoles.

Te ruego que te cuides diligentemente de que, cuando el mismo príncipe de los apóstoles y los demás líderes de los rebaños fieles presenten a Cristo el gran fruto de su cuidado pastoral en el día del juicio, no se separe alguna parte de tus ovejas entre los cabritos a la izquierda del juez, y merezca ir al castigo eterno con maldición: sino que más bien merezcas ser contado entre aquellos de quienes dice Isaías: "El más pequeño será como mil, y el menor como una nación fuerte" (Isa. LX). Es tu deber prever con la mayor diligencia qué se hace rectamente y qué perversamente en cada monasterio de tu parroquia: que no se ponga a prueba a un abad ignorante o despreciador de las reglas, ni a una abadesa menos digna de ser examinada por los siervos o siervas de Cristo, ni que una multitud indisciplinada y contumaz de oyentes desprecie la previsión de los maestros espirituales; especialmente porque, como se dice comúnmente, soléis decir que no es asunto de los reyes, ni de los príncipes seculares, sino

solo de vuestra investigación y examen de obispos, lo que se hace en cada monasterio, a menos que alguien en los monasterios sea probado culpable ante los mismos príncipes. Es tu deber procurar que en los lugares consagrados a Dios no se usurpe el reino del diablo, que no se reivindiquen discordia en lugar de paz, disputas en lugar de piedad, embriaguez en lugar de sobriedad, fornicaciones y homicidios en lugar de caridad y castidad: ni se encuentren entre vosotros algunos de los que con razón se pregunte y diga: "Vi a los impíos sepultados, que cuando vivían, estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad, como si fueran de obras justas".

También es necesario que tengas un cuidado solícito de aquellos que aún viven en la vida secular, para que, como advertimos al principio de esta carta, recuerdes proporcionarles suficientes maestros de vida saludable, y entre otras cosas les hagas aprender con qué obras agradar más a Dios, de qué pecados deben abstenerse quienes desean agradar a Dios, con qué sinceridad de corazón deben creer en Dios, con qué devoción deben suplicar la clemencia divina, con qué frecuencia deben protegerse a sí mismos y a todo lo suyo con el signo de la cruz del Señor contra las continuas insidias de los espíritus inmundos, cuán saludable es para todo el género cristiano la percepción diaria del cuerpo y sangre del Señor, como sabes que la Iglesia de Cristo en Italia, Galia, África, Grecia y todo Oriente hace diligentemente. Este tipo de religión y santificación devota a Dios está tan lejos de casi todos los laicos de nuestra provincia por la negligencia de los maestros, que aquellos que parecen ser más religiosos no se atreven a comulgar con los sagrados misterios sino en Navidad, Epifanía y Pascua, aunque hay innumerables inocentes y personas de conversación castísima, niños y niñas, jóvenes y vírgenes, ancianos y ancianas, que sin ningún escrúpulo de controversia, pueden comulgar con los misterios celestiales todos los domingos, o incluso en los natalicios de los santos apóstoles o mártires, como viste que se hace en la santa Iglesia Romana y apostólica. Incluso los casados, si alguien les muestra la medida de la continencia y les insinúa la virtud de la castidad, pueden y quieren hacer lo mismo libre y voluntariamente.

Estas cosas, santísimo obispo, he tratado de señalarte brevemente por el amor de tu dilección y por la gracia de la utilidad general, deseando mucho y exhortando mucho que te esfuerces por apartar a nuestra gente de los antiguos errores y llevarla a un camino de vida más seguro y recto. Y si hay algunos hombres de cualquier grado u orden que intenten retener y obstaculizar tus buenos comienzos, tú, sin embargo, esforzándote por la virtud santa, recordando la recompensa celestial, procura llevar tu propósito hasta el firme final. Pues sé que algunos se opondrán mucho a nuestra exhortación, especialmente aquellos que se sienten atrapados en los crímenes de los que te prohibimos: pero debes recordar la respuesta apostólica: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos V). Pues es mandato de Dios: "Vended lo que poseéis y dad limosna" (Lucas XII). Y: "Si alguno no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Lucas XIV). Sin embargo, la tradición moderna de algunos que se profesan siervos de Dios es no solo no vender lo que poseen, sino también adquirir lo que no tenían. ¿Con qué cara se atreve alguien a acercarse al servicio del Señor, o a retener lo que tenía en la vida secular, o a acumular riquezas que no tenía bajo el pretexto de una vida más santa? Cuando también es bien conocido el juicio apostólico que, al intentar hacer esto Ananías y Safira, no los corrigió con ningún remedio de penitencia o satisfacción, sino que los castigó inmediatamente con la condena de la muerte vengadora. Y ciertamente, ellos no quisieron acumular lo ajeno, sino retener indebidamente lo propio. De donde se manifiesta cuán lejos estaba el ánimo de los apóstoles de recibir adquisiciones de dinero, que servían al Señor bajo aquella regla propia: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios" (Lucas VI); y al contrario, se instruían con el ejemplo de la parte izquierda: "¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo!"

(ibid.). ¿O acaso pensamos que el Apóstol erró y escribió falsedad cuando nos advertía: "Hermanos, no os engañéis"; y enseguida añadía: "Ni los avaros, ni los borrachos, ni los rapaces heredarán el reino de Dios" (I Cor. VI). Y de nuevo: "Esto sabed, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, o rapaz, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios" (Efes. V). Entonces, cuando el Apóstol llama claramente a la avaricia y la rapacidad idolatría, ¿cómo se puede pensar que erraron aquellos que retiraron su mano de la suscripción de un mercado avaro, aunque el rey lo ordenara, o que pusieron su mano para borrar escrituras y suscripciones inútiles?

Y ciertamente es de admirar la temeridad de los necios, o más bien de lamentar la miseria de los ciegos, que sin ningún respeto por el temor supremo, se prueban a sí mismos que rescinden y desprecian lo que los apóstoles y profetas escribieron por inspiración del Espíritu Santo: mientras que, al contrario, lo que ellos mismos o sus semejantes escribieron por instinto de avaricia o lujuria, temen borrarlo y corregirlo como si fuera santo y divinamente ordenado, a la manera, si no me equivoco, de los paganos, que, despreciando el culto a Dios, veneran, temen, cultivan, adoran y suplican como deidades lo que ellos mismos imaginaron e hicieron de su corazón, dignos de aquella reprensión del Señor, que reprendió a los fariseos cuando anteponían sus tradiciones a la ley de Dios, diciendo: "¿Por qué también vosotros transgredís el mandamiento de Dios por vuestra tradición?" (Mat. XV.) Que si también presentan cartas escritas en defensa de sus concupiscencias, confirmadas con la suscripción de personas nobles; nunca, te ruego, olvides la sanción del Señor, en la que se dice: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada" (Ibid.). Y ciertamente me gustaría aprender de ti, santísimo obispo, con el Señor testificando y diciendo: "Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella: porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mat. VII); ¿qué esperas de la vida o salvación eterna de aquellos que se sabe que durante todo el tiempo de su vida caminan por la puerta ancha y el camino espacioso, y ni siquiera en las cosas más pequeñas se preocupan por resistir o oponerse a su placer corporal o mental por causa de la recompensa suprema: a menos que se crea que pueden ser absueltos de sus crímenes por las limosnas que parecen dar a los pobres entre sus concupiscencias y delicias diarias: cuando la mano misma y la conciencia que ofrece un don a Dios debe estar limpia y libre de pecados, o ciertamente se espera que puedan ser redimidos por otros ya muertos a través de los misterios de la sagrada oblación, de los cuales ellos mismos, mientras vivían, eran indignos. ¿O acaso les parece a ellos que la concupiscencia es una culpa muy pequeña? Sobre la cual discutiré un poco más extensamente. Esta hizo a Balaam, un hombre lleno del espíritu de profecía, ser excluido de la suerte de los santos, Acan fue contaminado y perdido por la comunión del anatema, Saúl fue despojado de las insignias del reino, Giezi fue privado de los méritos de la profecía y manchado con la peste de la lepra perpetua junto con su descendencia. Judas Iscariote fue depuesto de la gloria del apostolado, Ananías y Safira, de quienes hablamos antes, fueron castigados con la muerte corporal, indignos de la comunidad de los monjes, y, para llegar a los superiores, esta es la triple cabeza del perro infernal, a quien las fábulas llamaron Cerbero, de cuyos dientes rabiosos nos advierte el apóstol Juan, diciendo: "Amados, no améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo" (I Juan II). Estas cosas se han dicho brevemente contra el veneno de la avaricia. Sin embargo, si quisiéramos tratar de manera similar sobre la embriaguez, la glotonería, la lujuria y otras contaminaciones de este tipo, la extensión de la carta se prolongaría en exceso.

Que la gracia del supremo Pastor te conserve perpetuamente sano para la pastura saludable de sus ovejas, amadísimo en Cristo obispo. Amén. [Escrito el 5 de noviembre, indicción 3].

CARTA III, A PLEGWINO APOLOGÉTICA, Porque se le acusaba por algunos de no haber tenido un pensamiento correcto sobre las edades del mundo.

Al hermano amadísimo y en las entrañas de Cristo honorable Plegwino, Beda en Cristo salud.

Hace dos días vino a mí (hermano amantísimo) un mensajero de tu santidad, quien trajo palabras muy alegres de saludo pacífico de tu parte; pero pronto las confundió con una triste adición, diciendo que me oías ser cantado entre los herejes por los campesinos lascivos a través de las copas. Me horroricé, lo confieso, y pálido pregunté de qué herejía se me acusaba. Respondió que negaba que el Señor Salvador hubiera venido en carne en la sexta edad del mundo. Comencé entonces a preguntar cómo se decía; si que el Señor no había venido en carne, aunque era la sexta edad, o que cuando el Señor vino en carne aún no había llegado la sexta edad, o ciertamente que ya había llegado la séptima edad, cuando con razón evidente la sexta edad no puede haber comenzado sino desde su encarnación. Y descubrí que, ya sea esto o aquello, se me acusaba, en ambos casos soy partícipe de la fe sana y de la unidad eclesiástica.

¿Cómo podría haber sido sacerdote de Cristo en la Iglesia si negara que Cristo vino en la carne? ¿O con qué coherencia, creyendo en las escrituras evangélicas y apostólicas, podría no creer que Él se encarnó en la sexta edad del mundo, cuando el evangelista Mateo, en el mismo libro de la genealogía de Jesucristo, distingue las cuatro últimas edades con los bien conocidos hitos temporales a través de catorce generaciones? Las dos primeras edades las distingue el apóstol Pedro con este indicio: afirmando que la tierra y los cielos fueron destruidos por el diluvio, y que otros fueron reservados en su lugar; de modo que no tanto dos edades del mundo, sino dos mundos, si no se temiera la herejía valentiniana, podrían ser nombrados. Así que, al examinarme repetidamente y ver que era libre, comencé a pensar diligentemente de dónde provenía esta calumnia contra mí; y finalmente recordé que recientemente mostraba a uno de ustedes mi pequeño trabajo sobre los Tiempos, que publiqué hace cinco años, en el cual estaba anotada la serie de años según la verdad hebrea, donde es mucho más breve que la de los setenta intérpretes, de modo que hasta la venida del Salvador en la carne no se completan ni cinco mil años. Le aconsejaba (lo confieso, por amor fraternal y en vista de la misma verdad) que aprendiera a dar más fe a las Escrituras sagradas traducidas por un intérprete cristiano para nosotros, que a las interpretaciones judías o a la impericia de los cronógrafos: señalando con el dedo que Eusebio, en la descripción de los tiempos, no siguió completamente ni la verdad hebrea ni la edición de los setenta traductores; lo cual también me ocuparé de hacer aquí por escrito. Pero aquel mismo (quienquiera que fuera) a quien había sugerido esto, convirtió el deber del amor fraternal en odio de emulación, y el moderador supremo, con justa recompensa, convirtió para él la luz de la verdad mostrada en las tinieblas de la falsedad ciega.

Por lo tanto, no pienses (queridísimo) que, después de la nota de herejía, prefiero buscar un refugio para negar que recibir la enseñanza de la verdad: escucha lo que escribí en el mencionado librito sobre las Edades. Después de haber tratado sobre los momentos y las horas, el día, la noche, las semanas y los meses, el año y lo que pertenece al año, el ciclo de diecinueve años y sus accidentes, tanto como creía suficiente para mí y los míos, se llegó al punto de abreviar algo sobre las edades. En el capítulo dieciséis, hice el siguiente comienzo.

Digo que los tiempos del mundo se distinguen en seis edades. La primera edad, desde Adán hasta Noé, contiene diez generaciones, y en años, mil seiscientos cincuenta y seis, que pereció completamente en el diluvio, como el olvido suele sumergir la infancia. La segunda, desde Noé hasta Abraham, abarcando igualmente diez generaciones, pero en años, doscientos noventa y dos, que se encuentra en la lengua, es decir, en el hebreo. Pues el hombre comienza a saber hablar después de la infancia, que también recibe su nombre de ahí, porque no puede hablar. La tercera, desde Abraham hasta David, contiene catorce generaciones, y en años, novecientos cuarenta y dos. Y porque desde la adolescencia el hombre comienza a poder engendrar, Mateo tomó el comienzo de las generaciones desde Abraham, quien también fue constituido Padre de las naciones. La cuarta, desde David hasta la deportación a Babilonia, igualmente en catorce generaciones según Mateo, pero extendida en años, cuatrocientos setenta y tres, desde la cual comenzaron los tiempos de los reyes; pues la dignidad juvenil es apta para el reino. Luego la quinta, hasta la venida del Salvador en la carne, también en catorce generaciones, pero extendida en años, quinientos ochenta y nueve: en la cual, como fatigada por la grave vejez, el pueblo hebreo es sacudido por males más frecuentes. La sexta, que ahora se lleva a cabo, sin ninguna serie cierta de generaciones o tiempos; sino que, como una edad decrepita, será terminada con la muerte de todo el mundo.

Habiendo mencionado esto en el librito mencionado sobre las Edades del mundo, inmediatamente añadí otro capítulo, en el cual se desplegara el curso y orden de todo el mundo, comenzando así. La primera edad contiene años según los hebreos mil seiscientos cincuenta y seis, según los setenta intérpretes cinco mil doscientos cuarenta y dos. Adán, de ciento treinta años, engendró a Set, quien nació en lugar de Abel. Set, de ciento cinco años, engendró a Enós, y así sucesivamente hasta el diluvio. Luego añadí. La segunda edad contiene años según los hebreos doscientos noventa y dos, según los setenta intérpretes novecientos cuarenta y dos, o añadiendo a Cainán, mil setenta y dos. Sem, en el segundo año después del diluvio, engendró a Arfaxad, de quien los caldeos. Arfaxad, de treinta y cinco años, engendró a Sela. Aquí los setenta intérpretes, a quienes siguió el evangelista Lucas, interpusieron a Cainán, quien, siendo de treinta años, engendró a Sela. Nuevamente, sobre la tercera edad. La tercera, digo, edad contiene años novecientos cuarenta y dos. Nuevamente, cuando se llegó a la cuarta. La cuarta, digo, edad contiene años según los hebreos cuatrocientos setenta y dos; los setenta intérpretes añaden doce. Así que, cuando en el curso de la obra llegué hasta el nacimiento del Señor Salvador, escribí así. Octaviano reinó cincuenta y seis años. En su año cuarenta y dos, nace el Señor, completados desde Adán tres mil novecientos cincuenta y dos años, según otros cinco mil novecientos noventa y nueve.

Estas son las cosas que, según la fe de la historia sagrada, me esforcé por abreviar para mí y los míos [que lo pedían] de manera concisa y sencilla, como creí y sentí, sin contradecir en absoluto al cronógrafo tan erudito y digno de tantas alabanzas, en aquellos puntos en los que él no es contrario a la divina Escritura. Quien, al temer la vara de Orígenes en el libro Ἑξαπλοῦς, eliminó la generación de Cainán, y desautorizó tanto al Evangelio de Lucas como a los setenta intérpretes, borrando de su traducción ciento treinta años. Pero al corregir las generaciones según los libros hebreos, no se preocupó igualmente por corregir el número de años según los mismos, excediendo en su suma de cómputo la serie de ellos en doscientos treinta y dos años, y así, sin observar ningún camino, siguió el que quiso.

En la primera y segunda edad, en nuestros, es decir, en los códigos griegos vertidos de la fuente hebrea, existe tal discrepancia, porque (como refiere Jerónimo, intérprete de la historia sagrada, en los libros de las Cuestiones Hebreas) antes de que nazca el que se menciona que nace, se encuentra que el padre vivió cien años menos entre los hebreos; pero después de que ha nacido, los mismos tienen cien menos que en los hebreos se encuentran en los griegos: y

así, en ambos lados, la totalidad de los números concuerda. Por esta corrupción de los códices griegos surge aquella famosísima cuestión, donde se calcula que Matusalén vivió catorce años después del diluvio, cuando es cierto que en los códices hebreos se registra que murió en el mismo año del diluvio.

Si alguien dijera que los libros hebreos fueron falsificados después por los judíos, y que, mientras envidiaban nuestras autoridades, se privaron de la verdad, que escuche a Orígenes, quien en el séptimo [volumen] de las explicaciones de Isaías, respondió a esta pequeña cuestión, que nunca el Señor y los Apóstoles, quienes acusan otros crímenes en los escribas y fariseos, habrían guardado silencio sobre este crimen, que era el mayor. Que escuche a Josefo, el historiador de los judíos, quien en el primer libro Ἀρχαιότητος, escribiendo contra Apión el Gramático, mostró clara y abiertamente que el menor número de años es verdadero, y que de ninguna manera la Escritura santa fue falsificada por el pueblo judío.

Por lo tanto, no tenemos innumerables volúmenes entre nosotros que discrepen entre sí; sino que hay solo veintidós libros que contienen la serie de todos los tiempos, que justamente se cree que son divinamente inspirados. De los cuales cinco son los libros de Moisés, que contienen las leyes, la vida y la sucesión de la descendencia humana hasta el término del mismo Moisés, que abarcan poco menos de tres mil años. Y después de poco. Por lo tanto, está claro por los mismos hechos cuán venerablemente usamos nuestras Escrituras. Pues aunque hayan pasado tantos siglos, nadie se ha atrevido jamás a añadir, quitar o cambiar algo; sino que todos los hombres de nuestra nación tienen esta fe, como innata y de alguna manera inherente, de que estas son las consultas de Dios, y adherirse a ellas continuamente, y por ellas (si así lo requiere la situación) poner la vida con gusto.

Que escuche al bienaventurado Jerónimo, quien no dice que los códices hebreos, sino los griegos, están falsificados. Pues cuando se vio obligado a interpretar las Palabras de los Días, así prefació esta obra con una causa. Si la pura edición de los setenta intérpretes, tal como fue traducida por ellos al griego, permaneciera, superfluumente (mi Cromacio, santísimo y sapientísimo de los obispos) me empujarías a traducir para ti los volúmenes hebreos al idioma latino. Pues lo que una vez había ocupado los oídos de los hombres, y había fortalecido la fe de la nascente Iglesia, era justo que también fuera aprobado por nuestro silencio. Pero ahora, cuando por la variedad de las regiones se llevan diferentes ejemplares, y aquella genuina y antigua traducción ha sido corrompida y violada, crees que es de nuestro arbitrio, o juzgar entre muchos qué es verdadero, o forjar una nueva obra sobre la obra antigua, y otras cosas, con las que expone más ampliamente el mismo sentido. A cuya sentencia también el bienaventurado obispo Agustín concuerda, pues él mismo, cuando no quiso atribuir la causa de esta discrepancia ni a la malicia de los judíos, ni al error o envidia de los setenta intérpretes, quienes también eran judíos (para no acusar de falsedad a aquellos que en otro lugar llenó con un solo Espíritu de divinidad en setenta celdas); encontró esto para decir.

Por lo tanto, es más creíble que alguien diga que, cuando primero comenzaron a ser copiados estos desde la Biblioteca de Ptolomeo, entonces algo así pudo haber ocurrido en un código, es decir, primero copiado de allí, de donde ya se extendió más ampliamente, donde también pudo haber ocurrido un error del escriba. Pero esto en aquella cuestión sobre la vida de Matusalén no es absurdo sospechar. Y poco después: Pues incluso ahora (dice) donde los números no hacen intención hacia algo que pueda entenderse fácilmente, o que parezca útil aprender, se describen negligentemente, y se corrigen más negligentemente. Pues ¿quién se estima a sí mismo que debe aprender cuántos miles de hombres pudieron tener las tribus de Israel individualmente? porque no se cree que sea útil. Nuevamente, después de algunas cosas. Pero como sea que esto se tome, no dudaría de ninguna manera que se haga

correctamente, que cuando se encuentra algo diferente en ambos códigos, dado que no puede ser verdadero en ambos respecto a la fe de los hechos, se crea más bien a la lengua de la cual fue hecha la traducción a otra por los intérpretes. Lee el libro de la Ciudad de Dios XV:

«Pues de ninguna manera deben ser escuchados aquellos que piensan que los años fueron contados de manera diferente en esos tiempos, es decir, de tan corta duración, que se crea que un año tuvo diez de ellos,» terminados con treinta y seis días (usando como argumento que se encuentra en varios escritores de historia que los acarnanos tuvieron un año de seis meses, los arcadios de tres, los egipcios de cuatro, y que ellos mismos a veces también limitaron su año al final de la luna), porque tal sentido es claramente destruido por la misma Escritura. Donde, según los hebreos, se lee: Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró a Set, y fueron los días de Adán después de engendrar a Set ochocientos años, y engendró hijos e hijas, y todo el tiempo que vivió Adán fue de novecientos treinta años, y murió, los setenta dijeron: Y vivió Adán doscientos treinta años y engendró a Set, y fueron sus días después de engendrar a Set setecientos años, y murió. Y todos sus días fueron novecientos treinta años, y así sucesivamente de esta manera. Pues ¿qué? ¿Acaso en la primera parte de cada versículo pusieron años más cortos, en el medio más largos, y al final iguales? lo cual es tanto un error hacer, como una necedad sospechar.

Algunos se maravillan de por qué un intérprete tan grande y excelente de la Sagrada Escritura como Jerónimo, de quien se ha dicho, y con razón se ha dicho: Jerónimo, intérprete doctísimo en varias lenguas, Belén te celebra, todo el mundo te aclama; por qué (digo) no quiso, cuando traducía el libro de las Crónicas, transmitir a los latinos lo que había aprendido como verdadero de los hebreos. Pero quienquiera que se haya sentido movido por esto, debe saber que, como él mismo prefació en el mismo libro de los Tiempos, o quiso ser intérprete, o creador de una nueva obra, y porque quizás no quería, donde no había una necesidad extrema, provocar voluntariamente la rabia de los que enloquecen contra él, dejar este asunto singularmente a la posteridad, como dice en algún lugar a la virgen Eustoquia, que él quiere preparar los hilos y las hebras, pero dejar a otros el cuidado de tejer. Pues en una traducción tan necesaria de la Sagrada Escritura, casi fue oprimido por las piedras de los latinos y los hebreos al mismo tiempo. Por los hebreos, porque se les quitaba la ocasión de ridiculizar a los cristianos y calumniar por los códigos mendosos, por los latinos, porque se les imponían cosas nuevas e insólitas, aunque mejores, en lugar de las antiguas y acostumbradas. Así que incluso el bienaventurado Agustín, con cartas enviadas con la más amistosa caridad a través de tantos espacios de mar y tierra, se preocupó por insertar esto.

Sin embargo, no quiero que te esfuerces por traducir los libros canónicos al idioma latino, excepto de la manera en que interpretaste Job, para que, con signos añadidos, aparezca qué diferencia hay entre tu traducción y la de los setenta, cuya autoridad es muy grave. Sin embargo, no puedo dejar de admirar si se encuentra algo en los ejemplares hebreos que haya escapado a los intérpretes más expertos en esa lengua. Omito aquí a los setenta, sobre cuyo consejo o mayor concordia del espíritu que si fuera un solo hombre, no me atrevo a emitir una sentencia cierta en ninguna dirección, excepto que creo que se debe otorgar sin controversia una autoridad preeminente en este oficio. Me mueven más aquellos que, cuando interpretaron posteriormente, y se dice que mantuvieron más mordazmente el camino y las reglas de la locución y el número de los hebreos, no solo no estuvieron de acuerdo entre sí, sino que también dejaron muchas cosas que tanto después debían ser descubiertas y reveladas. Pues si son oscuras, se cree que también tú puedes ser engañado en ellas; si son manifiestas, no se cree que ellos pudieran haber sido engañados en ellas.

Mientras tanto, cuando se trata de los Tiempos y los Años, te advierto, querido hermano, en tu simplicidad, que no te dejes seducir por la opinión popular, como si esperases que el presente mundo durará seis mil años, y según el libro de no sé qué hereje, que recuerdo haber visto escrito en un estilo antiguo cuando era niño, que el día y la hora del juicio son desconocidos, pero que creas que el año puede ser previsto por los hombres, porque el Señor dijo: De aquel día y hora nadie sabe, pero no dijo del año; y cuando nuevamente dijo: No os corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos, tampoco allí añadió los años. Pues este cronógrafo hereje se esforzaba por afirmar que antes de la encarnación del Señor habían pasado cinco mil quinientos años, y que luego hasta el día del juicio quedaban quinientos, de los cuales trescientos y algunos más habían pasado en el tiempo en que deliberaba estas cosas. Acumulando la suma de este número en parte de Génesis, en parte del libro de los Jueces, y también atribuyendo a Samuel y Saúl dos veces cuarenta años. Y usaba como argumento que en la viña del Señor los últimos obreros trabajaron una hora; y el apóstol Juan dijo, Hijitos, es la última hora, que así como una hora en el día, así en seis mil años deberían ser quinientos años, y que la tarde que viene después de las doce horas del día, esto, completados los años doce veces quinientos, es decir, seis mil, la retribución eterna del justo juez generará.

Por lo cual también me duele bastante (lo confieso) y, tanto como es posible, suelo enojarme más cuando los campesinos me preguntan cuántos años quedan del último milenio del mundo; y en cambio yo les pregunto de dónde saben que ahora se lleva a cabo el último milenio, cuando el Señor en el Evangelio no testifica que su venida sea cercana o lejana, sino que nos manda siempre estar con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, vigilando y esperando su llegada. Pues noto que cuando hacemos un discurso a los hermanos sobre las Edades del mundo por ocasión incidental, algunos de los más simples creen que predicamos los seis mil años. Y no faltaron quienes pensaron que el estado de este mundo, que se desarrolla en siete días, sería terminado en siete mil años, a quienes el mencionado doctor Agustín, en la exposición del Salmo sexto, refuta de manifiesta temeridad, diciendo entre otras cosas: «Pues si después de siete mil años ha de venir aquel día, todo hombre puede, contando los años, predecir su venida. ¿Dónde estará entonces lo que ni el Hijo sabe?» Lo cual ciertamente se dijo porque a través del Hijo los hombres no aprenden esto: no porque él mismo no lo sepa, según aquella locución: El Señor vuestro Dios os prueba para saber, es decir, para haceros saber; y: Levántate, Señor, es decir, haznos levantar. Por lo tanto, cuando se dice que el hijo no sabe este día, no porque no lo sepa, sino porque hace que no lo sepan aquellos a quienes no conviene saberlo, es decir, no se lo muestra, lo cual se espera con no sé qué presunción, que contando los años se espera con certeza el día del Señor después de siete mil años.

Estas son para ti (dulcísimo hermano) las pruebas de mi inocencia, estas cartas, indicios de la amistad caritativa, para que no pienses que soy completamente ajeno al conocimiento humano o divino, sino más bien que, según las Escrituras y los decretos de los Padres, profeso con voz fiel y católica que el Señor Salvador asumió carne mortal por nosotros en la sexta edad del mundo; y que el curso del mundo no está definido por ningún número cierto de años para nosotros, sino que solo es conocido por la ciencia del mismo Juez. Pues aunque alguien me dijera: He aquí, aquí está Cristo, o he aquí, allí, es decir, que vendrá en este o aquel tiempo para el juicio, de ninguna manera lo escucho, ni lo sigo: Pues sé que así como el relámpago que resplandece desde el cielo brilla en lo que está bajo el cielo, así será el Hijo del Hombre en su día. Reconoce también con qué opinión el vulgo ha llegado a los seis o siete mil años, y con qué autoridad sostengo la afirmación de mi cómputo, a saber, la verdad hebrea revelada por Orígenes, publicada por Jerónimo, alabada por Agustín, y confirmada

por Josefo, a quienes no encuentro más doctos en tales asuntos. Ni es de extrañar, sin embargo, que el laudable varón Eusebio, aunque con un maravilloso ingenio para pensar y hablar pudiera unir hierro y piedra (como se dice), no pudiera, sin embargo, lo que no había aprendido, es decir, conocer la lengua hebrea, cuyo temor, como es debido, reverenciando, y lo que sabía, no temió corromper, como hemos enseñado arriba.

Obsecro sinceramente que entregues estas cartas de mi purgación a nuestro hermano religioso y muy docto David, para que él pueda leerlas ante nuestro venerable señor y padre, Wilfrido, el obispo, de modo que, ya que en su presencia y oyéndolo fui atacado insensatamente con injurias, ahora también oyéndolo y juzgando él, quede claro cuán inmerecidamente he soportado las mismas injurias. También ruego a David, más que a los demás, que, siguiendo el ejemplo del niño que lleva su mismo nombre, se esfuerce diligentemente en alejar la furia del espíritu maligno de su hermano insensato, con la exhortación de palabras sanas, como si fuera una dulce modulación de salmodia. Lo cual, en aquella cena en la que, estando ebrio, se esforzó en culparme, él, que más bien debería haberse dedicado a la lectura para hacerse irreprochable, no pudo lograr, ya que aún no era consciente de mi sentido y juicio que alababa. En verdad se ha dicho: Porque si la serpiente muerde en silencio, no hay abundancia para el encantador. Amén.

CARTA IV, A WICREDA, Sobre la celebración de la Pascua, o sobre el equinoccio de primavera según Anatolio.

Al reverendísimo y santísimo hermano Wicreda, presbítero, Beda, deseando salud en el Señor.

Recibí con gusto las cartas de tu bondad, amadísimo hermano en Cristo, y me apresuré a describir y enviarte los capítulos que pediste, recordando la familiaridad y dulzura con la que me recibiste cuando llegué allí. Pero también aquella cuestión justamente famosa sobre la historia eclesiástica, sobre la cual me preguntaste en persona, y a la que entonces respondí brevemente como pude, ahora he tratado de explicar más ampliamente por escrito, esto es, sobre el equinoccio de primavera, que en el libro mencionado Anatolio, el reverendísimo obispo, se dice que anotó en el undécimo día antes de las Calendas de abril, mientras que otros maestros egipcios determinan que debe anotarse más bien en el duodécimo día de las mismas Calendas. Pues el santo Proterio, obispo de la iglesia de Alejandría, escribiendo al beatísimo papa León sobre la Pascua, dice: «Y manifiestamente, según el curso del sol, el día 25 del mes de Famenoth, que también se conoce como el duodécimo día antes de las Calendas de abril, es el equinoccio. Pero no se debe fijar el comienzo del primer mes desde este equinoccio según el curso de la luna, de lo contrario, el curso de la luna debería concordar en todo con el círculo del sol.» Y el santo Cirilo, prelado de la misma Iglesia, dice: «Pues el sol mismo se cierra cada día en la tierra y el mar al final del día, y se abre al inicio del día, y el sol termina el curso de todo el año, en el duodécimo día antes de las Calendas de abril.» Por lo cual, con razón te mueve, como a los demás estudiosos, cómo Anatolio, siendo él mismo egipcio por erudición y origen, escribe que el mismo equinoccio suele ocurrir el undécimo día antes de las Calendas de abril, como si fuera contrario a las letras de los doctores egipcios. «Es, pues, dice, en el primer año el inicio del primer mes, cuando es el inicio del ciclo de diecinueve años, según los egipcios el día vigésimo sexto del mes de Famenoth, según los macedonios el día vigésimo segundo del mes de Distri, y según los romanos el undécimo día antes de las Calendas de abril, en el cual se encuentra que el sol no solo ha ascendido a la primera parte, sino que ya tiene un cuarto en el mismo día, es decir, en la primera de las doce partes.» Esta primera parte es el equinoccio de primavera y es el inicio

de los meses, y la cabeza del círculo, y la conclusión del curso de las estrellas, que se llaman planetas, es decir, errantes, y el fin de la duodécima parte, y el término de todo el círculo. Pero creo que se puede enseñar con una razón muy sencilla que él no es contrario a los demás maestros de Egipto y Oriente en esto. Pues la razón del cuarto (que llaman bisiesto) hace que el sol comprenda el lugar equinoccial de su curso en el círculo del zodíaco, ahora en su primer amanecer, ahora al mediodía, ahora al ocaso, ahora a medianoche, y cuantas veces el equinoccio ocurre por la mañana o al mediodía, corresponde al duodécimo día antes de las Calendas de abril; pero cuantas veces ocurre por la tarde o a medianoche, corresponde al undécimo día antes de las mismas Calendas. Pues sin contradicción, toda noche desde que el Señor resucitó de entre los muertos, se antepone a los tiempos del día siguiente, no se añade al precedente. Por lo cual Anatolio sabiamente no prohíbe celebrar la Pascua el undécimo, sino antes del undécimo día antes de las Calendas de abril, pues después de las palabras que hemos puesto, añade inmediatamente: Y por eso decimos que no poco yerran aquellos que piensan que la Pascua debe celebrarse antes de este inicio del nuevo año. No prohíbe, pues, celebrar la Pascua en este inicio en el que dice que es el equinoccio, sino antes de este inicio del nuevo año, ya que él mismo en el mismo libro afirma diligentemente, tanto por los escritos de los Padres antiguos como de los nuevos, que no se puede celebrar la Pascua antes de que haya pasado el equinoccio. Pues él mismo era testigo de que al escribir no señalaba los primeros tiempos del equinoccio, sino los últimos, es decir, aquellos a partir de los cuales sabía que podía comenzar la celebración de la Pascua. Pues cuando en el segundo o tercer año después del bisiesto el día dominical de Pascua ocurre el undécimo día antes de las Calendas de abril, es evidente, sin duda, que el tiempo de Pascua comienza con el equinoccio. Las partes de esta ceremonia se celebran en la primera noche de la misma, aunque nadie duda que el equinoccio se complete al mediar o incluso al comenzar esa noche, ya que ciertamente se celebra debidamente la hora misma de la resurrección del Señor, que ocurrió al amanecer. Y para que notes claramente que Anatolio escribe especialmente sobre el equinoccio vespertino, a partir del cual puede comenzar la Pascua, y que regularmente se refiere al duodécimo día antes de las Calendas de abril, atiende a lo que anota en lo siguiente según la sentencia de los Padres antiguos. Pues siendo dos los equinoccios, de primavera y de otoño, separados por espacios iguales, y el decimocuarto día del primer mes está establecida la solemnidad después del atardecer, cuando la luna se encuentra opuesta al sol, como también se puede comprobar con los ojos, se encuentra que el sol obtiene ciertamente parte del equinoccio de primavera, mientras que la luna, por el contrario, del equinoccio de otoño.

¿Qué, pues, hay de sorprendente si dice que el equinoccio ocurre el undécimo día antes de las Calendas de abril, cuando declara que habla de aquella hora en la que, al ponerse el sol al atardecer, la luna, por el contrario, levanta su salida? Donde también debe observarse que dijo que los equinoccios de primavera y otoño están separados por espacios iguales. Y de ahí se debe deducir que debemos contar medio año desde un equinoccio hasta el otro, y anotar el equinoccio de otoño el duodécimo día antes de las Calendas de octubre, separado, a saber, por ciento ochenta y dos días del de primavera. Lo cual también enseña la inspección horológica que es verdaderamente cierto, especialmente cuando esta separación tan equitativa del año entre los equinoccios la confirma con las palabras del antiquísimo y eruditísimo doctor Aristóbulo, quien fue uno de aquellos setenta ilustres intérpretes de la Sagrada Escritura. Y lo que Anatolio también dice, En el cual día se encuentra el sol, no solo ha ascendido a la primera parte, sino que ya tiene un cuarto en ese día, es decir, en la primera de las doce partes, nombra doce partes a los doce signos del horóscopo, que contienen al sol cada uno durante treinta días y algunas horas más. Por lo cual también Marón dice de los mismos: Por eso, el sol dorado gobierna las estrellas del mundo, distribuidas en doce partes medidas con precisión, de las cuales, a saber, la primera parte según la naturaleza comienza

desde el lugar del equinoccio de primavera. Por lo cual Anatolio correctamente añade: Esta primera de las doce es el equinoccio de primavera, porque ciertamente el inicio de esa misma parte, es decir, donde el sol fue puesto por primera vez, contiene el equinoccio, correctamente anticipa que el sol en ese día no solo ha ascendido a la primera parte, sino que ya tiene un cuarto en ese día, porque cuantas veces el tiempo equinoccial según la razón mencionada cae el undécimo día antes de las Calendas de abril, tantas veces en ese mismo momento del tiempo se reconoce que esa cuarta parte del día, que anualmente suele aumentar, está naturalmente completa. Pues cuando el equinoccio ocurre el duodécimo día antes de las mismas Calendas, entonces en el mismo día y en la misma hora equinoccial, el mismo cuarto se completa naturalmente. Por eso añadimos naturalmente, porque es costumbre humana insertarlo en varios tiempos del año según le ha parecido a cada nación. Pero es de razón natural añadirlo en la completación del círculo solar, lo cual también Cirilo señaló en la sentencia que propusimos arriba, diciendo: Y el sol termina el curso de todo el año el duodécimo día antes de las Calendas de abril. Y para que nadie tal vez contienda en esta sentencia de Anatolio, que no pudimos entender lo que él mismo sintió, es conveniente añadir brevemente lo que sobre las mismas partes y el equinoccio describía el doctísimo Víctor, obispo de la ciudad de Capua: «El círculo celeste, dice, por el cual el sol, la luna y las estrellas, que se llaman planetas, son llevados contra el impulso de todo el cielo por su propio movimiento, está distribuido por juicio de sabiduría en doce partes. Completadas las cuales en 365 días, que es el tiempo total en que se completa el año, cuando el sol ha repetido el inicio de la primera parte del círculo mencionado, comienza el principio del año, que ocurre desde el duodécimo día antes de las Calendas de abril hasta el undécimo. Pues a menudo se descubre que ocurre al atardecer, a veces de noche, y a veces el mismo día de las Calendas XI de abril. Por lo tanto, el vigésimo quinto o vigésimo sexto día del mes de marzo según los alejandrinos, es decir, según los latinos el duodécimo o undécimo día antes de las Calendas de abril, es, según el curso del sol, el inicio del primer mes. Para que nadie quiera acusarnos de inconstancia, como si fluctuáramos bajo una ambigüedad y no definiéramos el día del primer mes, tal objugador o más bien inquisidor debe saber que la investigación muy cuidadosa de los egipcios y extremadamente sutil enseña que la séptima hora del día es el inicio de la primera hora del día siguiente, y cuando es el día 25 del mes de marzo, el duodécimo día antes de las Calendas de abril, si al atardecer de ese día el sol ilumina el espacio de la primera parte, ya se cuenta el día 26, según la tradición egipcia, como dijimos, sutil y sin duda probable. Y después de unas pocas palabras: Por lo tanto, dice, si la luna se encuentra en el día 14, con el sol en la primera parte de su círculo, se atribuye justamente al primer mes. Pero si antes la luna 14, es decir, con el orbe lleno de luz, ha brillado antes de que el sol haya alcanzado la mencionada primera parte de su círculo, se encuentra que es del duodécimo mes o se reputará. Y por eso, siempre que ocurre así, la solemnidad de la Pascua se difiere al siguiente plenilunio, que necesariamente debe ocurrir aún con el sol en la primera parte de las doce partes del círculo.»

Ha sido conveniente tomar estas palabras del bienaventurado Víctor, para que la sentencia del santo Padre Anatolio, que tanto en su obra pascual como en la historia eclesiástica es oscura para muchos, se te hiciera más clara por sus palabras. Pero tampoco debe pasarse por alto que hay quienes sostienen que Anatolio en esta sentencia no puso el undécimo, sino el octavo día antes de las Calendas de abril, diciendo que Eusebio, cuando puso esta sentencia en la historia eclesiástica, cambió un día por otro, y que viendo que lo demás estaba bien y filosóficamente puesto, quiso corregir con una sola palabra lo que vio menos perfectamente dicho en ella, para no mostrar abiertamente notable al que había propuesto alabar, si insertaba en sus historias las palabras puras de él, tal como las había escrito. Pero es sorprendente si Eusebio, un escritor tan circunspecto en palabra y sentido, pudo ser tan ávido de alabanza de

otros, que, desflorando sus escritos, fingiera que dijeron lo que no dijeron, y no temiera ser acusado, después de que sus lectores examinaran sus obras completas, y encontraran que lo que él había tomado de ellos estaba puesto de manera diferente en sus autores. Es sorprendente si a Víctor, cuyo dicho hemos puesto, un hombre igualmente de eminente erudición, le pasó desapercibida tal impostura, quien escribiendo en otra obra sobre la Pascua, asumiendo esta misma sentencia de Anatolio de la historia eclesiástica como justamente laudable y memorable, la insertó donde lo consideró oportuno, y él mismo escribiendo el undécimo, no el octavo día antes de las Calendas de abril. Pero también Dionisio, llamado el Exiguo, de ciencia destacada, es sorprendente por qué él mismo en sus epístolas pascuales solicitaba el apoyo de Anatolio de la historia eclesiástica, si supiera que sus palabras allí estaban falsificadas, a quien, como muy versado también en la lengua griega, no pudo pasarle desapercibido cómo fueron editadas por primera vez. Pues dice así: «Pero porque no se recoge claramente en los escritos de Moisés dónde debe comenzar este mes o dónde debe terminar, los venerables 318 pontífices, investigando más diligentemente la observancia del antiguo rito, y transmitida desde entonces por el santo Moisés, como se dice en el séptimo libro de la historia eclesiástica, dijeron que el inicio del primer mes debe hacerse desde la luna nacida el 8 de las Idus de marzo hasta el día de las Nonas de abril, y que la luna 14 debe buscarse más diligentemente desde el duodécimo día antes de las Calendas de abril hasta el 14 de las Calendas de mayo.» Por lo tanto, parece verosímil que Eusebio insertó fielmente en sus historias lo que encontró en la autoridad griega. Pero el mismo libelo de Anatolio fue posteriormente corrompido en algunos ejemplares latinos, por la astucia de aquellos que, ignorando el verdadero tiempo de la Pascua, deseaban defender su error con la autoridad de tan gran Padre.

Pero que pregunten aquellos que piensan que Eusebio corrigió una sola sentencia, mientras que otros creen que todo el libelo de Anatolio fue falsificado, cómo está escrito en ese libelo. Pero ¿qué hay de sorprendente si erraron en la luna undécima quienes añadieron tres días antes del equinoccio, en los cuales definen que se puede inmolar la Pascua, lo cual es ciertamente absurdo en todos los sentidos? A quienes se debe responder que Anatolio pudo haber conocido a muchos que pensaron así o de otra manera sobre la Pascua, y sin embargo no llegaron a nuestro conocimiento. Y por el contrario, se debe preguntarles cómo está escrito en el mismo libelo: Es, pues, en el primer año el inicio del primer mes, que es el inicio del ciclo de diecinueve años, según los egipcios el día 27 del mes de Famenoth, según los macedonios el día 22 del mes de Distri. Según los romanos el día 25 del mes de marzo, es decir, el octavo día antes de las Calendas de abril, cuando el día 26 del mes egipcio de Famenoth, y el día 22 del mes macedonio de Distri no es el octavo día antes de las Calendas de abril, sino el noveno. ¿No parece verosímil que la sentencia fue falsificada, donde el mismo que cambió el octavo día por el noveno día antes de las Calendas de abril, olvidó también cambiar el estado de los meses egipcios o griegos? Pero dejando que permanezcan como fueron aquellas cosas que eran menos conocidas, cambió solo aquello que era visible para él y para ellos. ¿Qué, pues, es más verdadero de esto, que lo vean aquellos que leen a Anatolio en griego?

Pero ya sea que Eusebio haya cambiado esta sentencia o cualquier otro haya alterado todo el libelo de su estado, está claro sin ninguna duda, aunque muchos de la antigua multitud lo confirmen, que el equinoccio no puede encontrarse el octavo día antes de las Calendas de abril. Lo cual se probará en la inspección horológica y con razón evidente. Pues la regla de la observancia eclesiástica, que también está más claramente probada por los edictos de los Padres anteriores y por el concilio de Nicea, sostiene que el día dominical de Pascua debe buscarse desde el undécimo día antes de las Calendas de abril hasta el séptimo día antes de

las Calendas de mayo. Asimismo, la regla de la institución católica ordena que no se celebre la Pascua antes de que haya pasado el equinoccio de primavera. Por lo tanto, quien piensa que el equinoccio es el octavo día antes de las Calendas de abril, debe necesariamente decir que es lícito celebrar la Pascua antes del equinoccio, o negar que es lícito celebrar la Pascua antes del séptimo día antes de las Calendas. También debe confirmar que la Pascua que el Señor celebró con sus discípulos el día antes de sufrir, no fue el noveno día antes de las Calendas de abril, o que fue antes del equinoccio. [Bien, que siempre estés bien en el Señor, amadísimo Padre.]

En el primer año del ciclo decimonoveno, la luna está en el día treinta en las once calendas de abril, y en el mismo año la luna catorce en el quinto día de las calendas de abril, es decir, las nonas de abril: suma treinta y toma los números regulares del mes de abril, en el año en que la luna catorce cae en abril. En el mes de marzo, cuando la luna catorce cae, toma los números regulares treinta y seis. Con las epactas, fácilmente reconoces si la luna catorce cae en marzo o en abril. Si tienes más de quince o menos de cinco epactas, la luna catorce se cuenta en abril. Por lo tanto, toma los números regulares en abril, treinta y cinco, y resta siempre las epactas de ese año, y lo que quede es el día de la luna catorce, por ejemplo, en el tercer año del ciclo decimonoveno, las epactas serán veintidós, resta veintidós de treinta y cinco y quedan trece, el decimotercer día del mes de abril, es decir, los idus de abril, la luna catorce ocurre. Si buscas el día de la semana de la luna catorce, suma el número de concurrentes de ese año al número que queda, por ejemplo, a esos trece que están presentes, en abril también los números regulares siete. Reúne todo esto y luego divide por siete, y lo que quede es el día de la semana de la luna catorce, y así llegarás fácilmente al domingo. En el mes de marzo, toma los números regulares treinta y seis, resta las epactas de ese año, por ejemplo, en el segundo año del ciclo decimonoveno, el undécimo día del mismo mes, la luna catorce estará presente, es decir, el octavo día de las calendas de abril. Si buscas el día de la semana de ese día, suma al número prescrito los concurrentes de ese año y los números regulares cuatro en marzo. Reúne también estos en uno y divídelos por siete, y lo que quede es el día de la luna catorce, si no queda nada, es el séptimo día de la semana. Por lo tanto, si restando las epactas de treinta, queda lo que sea, ese es el día del mes en el que encontrarás la luna catorce, como en el año en que las epactas son cuatro, resta cuatro de treinta y cinco y quedan treinta y uno. Resta treinta y queda uno. El primer día del mes, la luna catorce ocurre, es decir, las calendas de abril. Si restando las epactas de treinta, solo quedan catorce, el día catorce del mes la luna catorce ocurre, lo que sucede una vez cada diecinueve años, cuando se asignan seis epactas, y el tercer día de las calendas de abril la luna catorce ocurre. Para instruirte con ejemplos sobre cómo encontrar el día de la semana en que ocurre la luna catorce, por ejemplo, en el presente año de la encarnación del Señor 776, toma las epactas de este año, veintiséis, resta de los mismos treinta y cinco números regulares y quedan nueve, y he aquí que el noveno día del mes la luna catorce será, es decir, el quinto de los idus de abril. Suma también los concurrentes del año presente, es decir, uno a nueve y hacen diez, y a estos suma siete y hacen diecisiete, divídelos por siete, dos veces siete, catorce y quedan tres, el tercer día de la semana será la luna catorce, el cuarto el quince, el quinto el dieciséis, el sexto el diecisiete, el séptimo el dieciocho, el primero el diecinueve, que es el día de Pascua, el quinto de los idus de abril. La luna catorce, el cuarto de los idus el quince, el tercero de los idus el dieciséis, el segundo de los idus el diecisiete, los idus el dieciocho, las calendas de mayo el diecinueve. En el segundo año, después de este siete, porque son más de cinco y menos de quince, la luna catorce pertenece a marzo, que así se requiere. Toma los números regulares del mes de marzo, treinta y seis, resta de ellos siete, y quedan veintinueve, el vigésimo noveno del mes de marzo, es decir, el cuarto de las calendas de abril, la luna catorce

te ocurre. Para encontrar el día de la semana, toma los mismos veintinueve y suma a ellos los concurrentes de ese año, es decir, dos, hacen treinta y uno. A estos también añade los números regulares cuatro, y la suma total será treinta y cinco, divídelo por siete. Cinco veces siete hacen treinta y cinco y no queda nada, porque el séptimo día de la semana será la luna catorce el cuarto de las calendas de abril, y el quince el tercero de las calendas de abril. Ese es el día dominical de Pascua, también cada año del ciclo decimonoveno. Siempre con estos números regulares y restando los días anuales de las epactas, encontrarás la luna catorce sin error, y con esos números regulares sumados al número prescrito de concurrentes. También encontrarás el día de la semana de la luna catorce, y así, calculando los días de la semana que quedan de esa semana, también añade la edad de la luna creciente a cada día, y entonces encontrarás con certeza el lugar de la luna y su edad.

Estas, querido compañero, las he descrito para ti con mi propio esfuerzo, tú dime con qué regalo competirías conmigo hoy, mientras te doy tales cosas cansado.

Fragmento. APÉNDICE A LA CARTA ANTERIOR.

Explicación del dodrante y la semionza en partes de horas, por las cuales se calcula la proporción de la luz lunar entre los escritores.

Siempre se transmite un dodrante y una semionza de una hora, es decir, dividiendo el espacio de una hora en veinticuatro semionzas, porque tantas son las semionzas en una libra completa, y nuevamente divide veinticuatro en cuatro, esto es cuatro veces seis, y tres veces seis se llama dodrante, una vez cuadrante, y esto es lo que se dice un dodrante de una hora, es decir, tres partes de diez y ocho semionzas. Lo que es una semionza de seis de las restantes semionzas, pertenecientes al cuadrante, se añade al dodrante, para que sean diecinueve semionzas, por lo que el flujo del Océano venga cada día más tarde, y se retire más tarde.

Sobre la ordenación de las Ferias Pascuales por el obispo Teófilo de Cesarea y el sínodo de los demás obispos.

Después de la resurrección o ascensión del Señor Salvador, los Apóstoles no pudieron ordenar cómo debían observar la Pascua, porque estaban dispersos por todo el mundo, ocupados en predicar. Pero cualquier día que la luna catorce del mes de marzo fuera, celebraban la Pascua. Después del tránsito de este mundo de todos los apóstoles, en cada provincia se mantenían ayunos diferentes. Pues los galos, cualquier día que fuera el octavo de las calendas de abril, cuando se transmitía la resurrección de Cristo, siempre celebraban la Pascua, en Italia, sin embargo, algunos ayunaban veinte días, otros siete. Los orientales, como vieron a los apóstoles, como se ha dicho, mantenían la Pascua en la luna catorce del mes de marzo. Cuando estas observancias se mantenían en cada provincia, lo que era motivo de tristeza para los sacerdotes, porque aquellos que mantenían una fe recta, sus ayunos diferían. Entonces el papa Víctor, obispo de la ciudad de Roma, envió un mensajero al obispo Teófilo de Cesarea y Palestina, para que se hiciera una ordenación sobre cómo la Pascua debía ser celebrada correctamente por todas las iglesias católicas, en el lugar donde el Señor y Salvador del mundo había estado en la carne. Recibida la autoridad, el mencionado obispo no solo convocó a todos los obispos de su provincia, sino también de diversas regiones. Cuando esa multitud de sacerdotes se reunió, entonces el obispo Teófilo presentó la autoridad enviada a él por el papa Víctor, y mostró lo que se le había encomendado. Entonces todos los obispos dijeron juntos: A menos que primero se investigue cómo fue creado el mundo desde el principio, nada puede ordenarse saludablemente sobre la observancia de la Pascua. Los obispos dijeron: ¿A quién creemos que fue hecho primero en el mundo, sino al día del Señor?

El obispo Teófilo dijo: Prueben lo que dicen. Los obispos respondieron: Según la autoridad de la Escritura, fue hecho tarde y mañana el primer día.

Luego el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo. En el séptimo día Dios descansó de todas sus obras, al que llamó sábado. Entonces, cuando el último día se llama sábado, ¿quién puede ser el primero, sino el día del Señor? El obispo Teófilo dijo: He aquí que han probado que el día del Señor es el primero, pero ¿qué dicen del tiempo? Se toman cuatro tiempos del mundo: primavera, verano, otoño, invierno. ¿Cuál fue el primer tiempo hecho en el mundo? Los obispos respondieron: La primavera. El obispo Teófilo dijo: Prueben lo que dicen. Y ellos respondieron: Está escrito: Que la tierra produzca hierba verde según su especie y árbol frutal, que lleva su fruto. Esto se toma en tiempos de primavera. El obispo Teófilo dijo: ¿En qué lugar creen que está la cabeza del mundo? ¿Al principio del tiempo, en medio del tiempo, o al final? Los obispos respondieron: En el equinoccio, el octavo de las calendas de abril. El obispo Teófilo dijo: Prueben lo que dicen. Y ellos respondieron: Está escrito que Dios hizo la luz y llamó a la luz día, y Dios hizo las tinieblas, y llamó a las tinieblas noche, y dividió entre la luz y las tinieblas partes iguales. El obispo Teófilo dijo: He aquí que han probado sobre el día y el tiempo, ¿qué piensan de la luna? ¿Fue consagrada por Dios creciente y ya llena, o menguante? Los obispos respondieron: Llena. Y él dijo: Prueben lo que dicen. Respondieron: Y Dios hizo dos grandes luminarias, y las puso en el firmamento del cielo para que iluminaran sobre la tierra. La luminaria mayor para el inicio del día, la luminaria menor para el inicio de la noche, no podía ser de otra manera si no estuviera llena. Ahora hemos investigado cómo fue hecho el mundo al principio, es decir, el día del Señor. En tiempo de primavera en el equinoccio, que es el octavo de las calendas de abril, la luna llena resurge solo en ese tiempo y elementos. El obispo Teófilo dijo: Ahora, por lo tanto, debemos tratar sobre la ordenación, cómo debemos mantener la Pascua. Los obispos dijeron: ¿Puede pasarse por alto el día del Señor, para que en él no se celebre la Pascua, que ha sido santificado con tantas y tales bendiciones? El obispo Teófilo dijo: Digan entonces con qué y cuáles bendiciones afirman que ha sido santificado, para que podamos escribirlo. Los obispos dijeron: La primera bendición es que en él las tinieblas fueron removidas, y la luz apareció. La segunda bendición es que el pueblo fue liberado de la tierra de Egipto, como de las tinieblas del pecado, como a través de la fuente del bautismo por el mar Rojo. La tercera bendición es que en el mismo día se dio el alimento celestial, el maná, a los hombres. La cuarta bendición es que Moisés manda al pueblo: Que el primer y último día sea observado por ustedes. La quinta bendición es, como dice en el salmo 117: Me rodearon como abejas, y ardieron como fuego en espinas. Sobre la resurrección del Señor dice: Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él, hasta el cuerno del altar. La sexta bendición es que en ese día el Señor resucitó. Ves, por lo tanto, que el día de la resurrección del Señor puede ser singularmente mantenido en la Pascua. El obispo Teófilo dice: Sobre el tiempo, sin embargo, fue mandado a Moisés por Dios: Este mes será para ustedes el principio de los meses, hagan la Pascua en él. Todos los treinta días fueron consagrados por el Señor. Los obispos dijeron: Ya hemos dado respuesta anteriormente, que el principio del mundo es el equinoccio el octavo de las calendas de abril. Y desde el octavo de las calendas de abril hasta el octavo de las calendas de mayo, leemos que han sido consagrados. El obispo Teófilo dijo: He aquí que no es impío que la pasión del Señor, un misterio de tal sacramento, sea excluida del límite. Pues el Señor sufrió desde el undécimo de las calendas de abril, la noche en que fue entregado por los judíos, y resucitó el séptimo de las calendas, ¿cómo entonces se excluyen tres días del límite? Todos los obispos dijeron: No debe hacerse de ninguna manera que tal sacramento sea excluido del límite, sino que estos tres días deben ser incluidos dentro del límite, y se ha decidido retirarlos de abajo. Por lo tanto, en ese sínodo, desde el undécimo de las calendas de abril hasta el undécimo de las calendas de mayo, deben observar la Pascua,

y no se permite a nadie transgredir el límite establecido ni antes ni después. De manera similar, se debe mantener el mandato divino sobre la luna. Fue mandado por Moisés: Que sea observado por ustedes desde la luna catorce hasta la veintiuno. Estas siete lunas, al mantener la Pascua, se ha constatado que han sido consagradas. Por lo tanto, cuando se hace dentro de su límite desde el undécimo de las calendas de abril hasta el undécimo de las calendas de mayo, el día del Señor, y la luna de esas ocho santificada, nos parece celebrar la Pascua. Cualquier luna pascual de cualquier edad que sea, si restas de ella siete, será la edad de la luna que es al inicio de la cuaresma. Por ejemplo: Si la luna pascual es la decimoquinta, resta de quince doce, y quedan ciento once. La tercera es la luna al inicio de la cuaresma, en el año en que la luna decimoquinta es el día del Señor de Pascua, y así sucesivamente. Recuerda que en el año bisiesto, las lunas del mes de febrero tienen treinta días, y sin embargo, las lunas del mes de marzo tienen treinta días, como siempre tienen, para que el cálculo de la luna pascual no vacile.

CARTA V, A ACCA. Sobre el principio del Génesis.

Al muy querido y reverendísimo abad Acca, el más humilde de los siervos de Cristo, Beda, ¡salud!

Sobre el principio del libro del Génesis en el que se describe la creación de este mundo, muchos han dicho muchas cosas, han dejado muchos monumentos de su ingenio posterior, pero especialmente, en la medida en que nuestra pequeñez ha podido aprender, Basilio de Cesarea, a quien Eustacio traductor hizo ser latino del griego, Ambrosio de Milán, Agustín obispo de Hipona, de los cuales el primero en nueve libros, el segundo, siguiendo sus huellas, en seis libros, el tercero en doce libros y nuevamente en otros dos escritos especialmente contra los maniqueos, han derramado abundantes corrientes de doctrina saludable para los lectores, completando en ellos la promesa de la Verdad que decía: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior fluirán ríos de agua viva. De los cuales Agustín también en los libros de sus Confesiones, en los libros que compuso excelentemente contra el adversario de la ley y los profetas, pero también en otros de sus escritos dispersos, ha hecho alguna memoria de la misma creación primordial, con una exposición adecuada. Sin embargo, porque estos son tan copiosos, tan profundos que apenas, a menos que sean adquiridos por los más ricos, apenas pueden ser investigados por los más eruditos, ha complacido a vuestra santidad imponerme este deber, para que de todos estos, como de los campos más amenos de un paraíso floreciente, recojamos lo que pareciera suficiente para la necesidad de los débiles. No fui más lento en ejecutar lo que te dignaste ordenar, sino que más bien, inmediatamente después de examinar los volúmenes de los Padres, reuní de ellos, y los dividí en dos libritos, lo que podría instruir al lector aún rudo, para que, instruido, aprendiera a ascender a la lectura más alta y más fuerte de los mayores. En esta obra, me esforzaba por poner el sentido de todos los mencionados, y de otros Padres igualmente católicos, a veces con sus propias palabras, a veces, por causa de la brevedad, con mis palabras, a veces sin mencionar sus nombres, a veces mencionándolos según dictaba la oportunidad de los lugares. Extendí la obra hasta que Adán fue expulsado del paraíso de la voluptuosidad, y entró en el exilio de la vida temporal: también escribiré algunas cosas sobre los siguientes de la historia sagrada, si Dios quiere, con la ayuda de vuestra intercesión acompañante, mientras primero haya examinado un poco el libro del profeta y sacerdote Esdras, en el que los sacramentos de Cristo y la Iglesia bajo la figura de la larga cautividad resuelta, el templo restaurado, la ciudad santa reconstruida, los vasos llevados de regreso a Jerusalén que habían sido llevados, la ley de Dios reescrita que había sido quemada, el pueblo castigado por esposas extranjeras y convertido con un solo corazón y alma al servicio de Dios, como profeta e historiador lo escribió, y haya hecho más claros algunos de estos sacramentos que he mencionado para los

estudiosos, con la ayuda de Dios. ¡Que estés bien, siempre amantísimo obispo, recordándome en el Señor!

CARTA VI AL MISMO ACCA Sobre el templo de Salomón.

Hortatur nos Vas electionis, et Magister gentium, a la lectura de los divinos discursos, testificando con voz veraz que todo lo que está escrito, está escrito para nuestra enseñanza, para que por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. Donde declara excelentemente que para obtener la esperanza de los bienes celestiales, debemos tener paciencia y buscar la consolación de las Escrituras. Paciencia, es decir, para que lo que nos ocurra adverso, lo soportemos con mente humilde y sumisa, como si fueran azotes infligidos por un juez justo y un padre piadoso, ya sea para la gloria de las virtudes y el aumento de los méritos, si somos justos e inocentes, o para la corrección de los hábitos, si estamos implicados en vicios. La consolación de las Escrituras, para que con su frecuente meditación recordemos cuánto aquellos sumos Padres y brillantes luces de la Iglesia soportaron a menudo en la vida presente de la oscura aflicción, cuánto en la vida futura recibieron de gloria con el mérito divino de la piedad y la paciencia, cuánto también en esta vida dejaron entre todos los fieles de alabanza y claridad indefectible, diciendo la Escritura: La memoria del justo con alabanzas (Prov. X). Y de nuevo: Los cuerpos de los santos están sepultados en paz, y sus nombres vivirán por generaciones y generaciones (Eccli. XLIV). Y el apóstol Santiago: He aquí que bienaventuramos, dice, a los que sufrieron. Habéis oído la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor (Jac. V). No en vano añadió a las presiones de los justos recordadas: Y habéis visto el fin del Señor, porque ni siquiera él salió de aquí sin azote, quien vivió aquí sin vicio; y quien apareció en el mundo para sanar a los enfermos y resucitar a los muertos, él mismo, para mostrarnos un ejemplo de paciencia, quiso regresar del mundo a través de la debilidad de la muerte. De donde el Salmista, cuando dijo: Nuestro Dios es un Dios de salvación (Sal. LXVII), inmediatamente añadió admirando o más bien asombrándose: Y del Señor Dios son las salidas de la muerte. Así que por la paciencia y consolación de las Escrituras tenemos esperanza, también nosotros de ser consolados después de nuestras aflicciones, cuando también nosotros en la tribulación hayamos sido pacientes, y hayamos recordado las acciones de aquellos que nos precedieron en mérito de justicia y soportaron pruebas de adversidades mucho mayores que las nuestras. Porque ellos, debido a la justicia en la que sobresalían excelentemente, a menudo sufrían persecuciones de los injustos, para que con la obra de la justicia recibieran la corona de la paciencia insuperable, y además dejaran con su gloriosa perseverancia sus huellas prefijadas para todos los que los siguieran. Nosotros, sin embargo, a menudo somos castigados por la misericordia y provisión de nuestro Creador por nuestros errores, para que, volviendo a nuestra conciencia con saludable compunción, castigemos diligentemente con lágrimas lo que admitimos por engañosas seducciones y negligencias; y así, con la ayuda del Señor, corregidos, merezcamos pertenecer a la esperanza de vida, al consorcio de aquellos que fueron afligidos siendo inocentes. Porque también aquí en la consolación de las Escrituras encontramos que el Señor bendijo a todos los que le temen, pequeños con grandes, y declaró que hay muchas mansiones para nosotros en la casa de su Padre. De cuya consolación ahora, y a ti, amadísimo de los obispos, no dudo que alivies diariamente las angustias presentes de las cosas temporales, y te animes sublimemente a ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes, como abundante no solo en las páginas de las divinas letras, sino también en sus piadosas exposiciones, que la venerable Escritura de los Padres nos dejó. Pero porque a veces las cosas nuevas deleitan más a cada uno, me pareció enviar a tu santidad un pequeño trabajo que recientemente había compuesto alegóricamente sobre la construcción del templo de Dios, siguiendo las huellas de grandes tratadistas, para que lo recorras. En cuya lectura, cuanto más descubras los

sacramentos de Cristo y de la Iglesia insertos en las antiguas páginas, cuanto más amplios dones de Dios allí, ya dados a nosotros en el presente, ya prometidos en el futuro, tanto más creo que juzgarás más leves y menos dignos de cuidado todas las cosas que pasan, tanto adversas como prósperas, según el ejemplo del bienaventurado Juan, quien, relegado por un emperador impío dentro de las estrecheces de una pequeñísima isla, fue inmediatamente introducido por el piadoso Creador, a través del espíritu, para contemplar aquellos infinitos secretos de las mansiones celestiales; y donde se pensó que estaba privado de la ayuda y compañía de amigos humanos por los engañados enemigos, allí mereció disfrutar de la visión y conversación de los amigos ángeles. De quienes instruido, aprendió cada vez más a despreciar las seducciones del mundo y sus amarguras, cuanto más sublimemente contemplaba aquellas cosas que por su grandeza y eternidad se sabe que son mucho más dignas de ser temidas o amadas. Siempre bien valiente, amadísimo, intercede por nosotros.

EPISTOLA VII, A NOTHELMO PRESBITERO. De XXX Cuestiones.

Al amadísimo hermano Nothelmo, Beda, saludos.

Lo que del libro de los Reyes enviaste para que se aclarara, hermano amadísimo, me apresuré a explicarlo tan pronto como pude, con la ayuda del Señor, con la única distinción de que treinta de estas proposiciones, que quizás parecían más graves, las comprendí en este volumen, divididas en breves capítulos, para que pudieran encontrarse más fácilmente. Las otras cosas que anotaste mezcladas, nombres o palabras que podían resolverse más fácil y brevemente, las recogí por separado en otros papeles y las envié a tu fraternidad. Aunque yo sabía que había muchas cosas en el mismo libro mucho más oscuras que aquellas que juzgaste que debían ser preguntadas a mí. Pero tampoco ignoraba que a menudo suele suceder que quien ha entendido bien algunas cosas más oscuras, que ha encontrado suficientemente explicadas en los tratados de grandes autores, él mismo aún permanece incierto y dudoso en algunas más fáciles, que quizás aquellos que trataban cosas más profundas no consideraban dignas de ser preguntadas. También sucede que no todo lo que los Padres han escrito puede ser poseído por todos, y las cuestiones de las Escrituras son desconocidas para los lectores; no porque no hayan sido expuestas por los doctores, sino porque las mismas cuestiones o no se tienen, o no se entienden tener por los que las buscan; como en muchos de aquellos, cuyas respuestas me pediste y recibiste, se sabe que ha sido hecho. En cuyas respuestas, siguiendo las huellas de los Padres en tus peticiones, me esforcé por satisfacer, te ruego que, devolviendo el favor debido a nuestra devoción, recuerdes interceder por nuestra salud tanto del corazón como del cuerpo, junto con los hermanos que en esos lugares sirven al Señor contigo. Pero también si en algún lugar encuentras algo de lo que escribí expuesto de manera más adecuada, lo cual pudo haber ocurrido fácilmente, no te niegues a enviárnoslo rápidamente.

EPISTOLA VIII, A ACCA OBISPO, En la exposición del Evangelio según Marcos.

Al escribir la exposición del Evangelio según Marcos, con la ayuda de la misma gracia evangélica, primero consideramos que era necesario insinuar brevemente cuál fue la causa de que Marcos escribiera el Evangelio.

Cuando en la ciudad de Roma surgió la clara luz del verdadero Dios predicada por el bienaventurado apóstol Pedro, la palabra de verdad iluminaba con placer la mente de todos los oyentes, de modo que nunca se saciaban de escucharlo diariamente. Por lo cual no les bastó solo con oír, sino que suplicaron a Marcos, su discípulo, con todas sus oraciones, que lo que él predicaba de palabra lo consignara a la Escritura para su perpetua amonestación, para

que en casa y fuera de ella permanecieran en tales meditaciones de la palabra. Y no cesaron de suplicar hasta que obtuvieron lo que habían pedido. Pedro, al darse cuenta por el Espíritu Santo del robo religioso, se deleitó; y considerando su fe y devoción a través de esto, confirmó el hecho y entregó la Escritura para ser leída perpetuamente en las Iglesias.

Clemente en el sexto libro de las Disposiciones describe que esto sucedió así. Un testimonio similar da también el obispo de Hierápolis, llamado Papías, quien también dice que Pedro en su primera Epístola, que escribió desde la ciudad de Roma, menciona a Marcos, en la cual nombra a Roma tropológicamente como Babilonia, cuando dice: Os saluda la Iglesia que está en Babilonia, elegida, y Marcos, mi hijo.

Tomando así el Evangelio que él mismo había compuesto, se dirigió a Egipto, y primero anunciando a Cristo en Alejandría, estableció una Iglesia con tal doctrina y continencia de vida, que obligó a todos los seguidores de Cristo a seguir su ejemplo.

De hecho, Filón, el más elocuente de los judíos, viendo la primera Iglesia en Alejandría aún judaizante, escribió un libro sobre su conversación como en alabanza de su gente. Y así como Lucas narra que los creyentes en Jerusalén tenían todas las cosas en común, así también él consignó a la memoria lo que veía que se hacía en Alejandría bajo la enseñanza de Marcos.

Se dice que este era de nación israelita, y de linaje sacerdotal, y después de la pasión y resurrección del Señor Salvador, fue instruido en la fe evangélica y los sacramentos por la predicación de los apóstoles, y que era del número de aquellos de los que Lucas escribe que una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe. Por lo cual, como estaba instruido en los edictos legales, mostró a la gente a la que llamaba a la fe el mejor orden de vida en todo. Pero también mostró la observancia canónica de la Pascua, que sería imitable para todas las Iglesias de Cristo.

En cuyo Evangelio, a tu exhortación, amadísimo de los obispos Acca, así como a la de muchos otros hermanos, según el Señor nos dio, escribiremos, cuidando de poner aquí y allá lo que encontramos en los ejemplos de los venerables Padres. Pero también interpondremos algunas cosas propias a imitación de su sentido, donde parezca oportuno. Y suplico al lector que, si considera dignos de transcripción estos nuestros pequeños trabajos, conserve diligentemente la anotación de los nombres que se han puesto arriba en el margen, como se ha hecho en la exposición del Evangelio del bienaventurado Lucas, que compusimos hace muchos años con la ayuda de la gracia de Dios. Que la gracia celestial proteja siempre a tu santidad orando por nosotros. Pero sobre todo ruego a todos los que quizás lean esto en el Señor, que se dignen ser intercesores ante el piadoso juez por mis fragilidades tanto del cuerpo como del alma.

EPISTOLA IX, A ACCA. Del Evangelio de Lucas.

Al señorísimo y muy deseado obispo Acca, Beda, humilde presbítero, en el Señor eterno, saludos.

Verdaderamente admirable, y admirablemente verdadera, es la sentencia del insigne doctor, porque la caridad todo lo cree, todo lo espera. Pues en las cartas que me enviaste, dices que me pides que te escriba algo, y mientras pides, sin haber recibido aún mi respuesta de consentimiento, ya compones el sello de la prefación de las obras solicitadas como si ya estuvieran adquiridas y perfectamente consumadas. Sin haber echado aún los cimientos, sin haber traído siquiera el material, tú mismo, como si ya estuviera completado el edificio de tan

gran labor, envías las llaves con las que se asegure la entrada, para que me avergüence de no emprender pronto la obra que la fe amiga presume que debe emprenderse pronto y completarse más rápidamente. Ciertamente, esto no lo hace otra cosa que la indudable confianza del amor mutuo, que del corazón amigo (como se ha dicho) cree todo lo que puede hacerse, todo lo espera. Por lo cual, tan pronto como leí las dulcísimas páginas de tu santidad, me sometí al trabajo de la obra encomendada, en la que (para pasar por alto los innumerables lazos de la servidumbre monástica) yo mismo me convertí en dictador, notario y librero. Y reuniendo aquí y allá como los más insignes y dignos artífices de tan gran tarea, las obras de los Padres, me esforcé en examinar diligentemente qué pensaron y dijeron el bienaventurado Ambrosio, Agustín, y finalmente Gregorio, el vigilante (según su nombre) apóstol de nuestra gente, Jerónimo, el intérprete de la historia sagrada, y los demás Padres en las palabras del bienaventurado Lucas; y lo consigné inmediatamente en papeles, como ordenaste, ya sea con las mismas sílabas de ellos, o ciertamente con mis propias palabras, por causa de la brevedad, como parecía. Porque era laborioso intercalar los nombres en cada uno, y mostrar nominalmente qué fue dicho por cada autor, consideré conveniente imprimir las primeras letras de los nombres al margen, y por estas indicar individualmente dónde comienza y dónde termina el discurso de cada uno de los Padres que trasladé, siendo diligente en todo para no robar las palabras de los mayores y componerlas como si fueran propias.

Y mucho ruego, y por el Señor suplico a los lectores, que si acaso consideran dignos de transcripción estos nuestros trabajos, también recuerden añadir las mencionadas señales de los nombres, como las encuentran en nuestro ejemplar. También añadí algunas cosas que (como diría con las palabras de tu santidad) el autor de la luz me reveló, como indicios de mi propio esfuerzo, donde parecía oportuno. Que en la meditación de la ley divina, aunque no puedo pasar días y noches vigilantes (como escribiste), no dudo que he dedicado no poco estudio a las Escrituras, y que solo he podido ver, es decir, discernir correctamente, lo que el autor de la luz se dignó revelarme, no solo en esta pequeña obra, sino en toda lectura. Pero lo que dices que algunos se preguntan por qué en la nueva interpretación del Apocalipsis asigné a Mateo al león, a Marcos al hombre, debieron haber considerado aquellos que esto les mueve, que no dije esto por mi nueva, sino por la antigua explicación de los Padres. Porque no me pareció así a mí mismo; sino que recordé que así fue expuesto por el bienaventurado Agustín, y también añadí brevemente de dónde afirmaba esto. No está de más que también pongamos las mismas palabras para mostrar qué pensó sobre los evangelistas o sus tipos animales, para que nuestra obra anterior se salve de la injusta vituperación, y esta se prefigure con el no ignoble sello de la autoridad de tan gran doctor. Así pues, después de haber dicho muchas cosas bellas y excelentes sobre los evangelistas en el primer libro de la Concordancia de ellos, añade entre otras cosas diciendo: Y aunque cada uno de ellos parece haber mantenido un cierto orden de narración, no se encuentra que ninguno de ellos haya querido escribir como ignorante del otro precedente, o haya omitido lo que otro se encuentra que escribió, sino que, como fue inspirado a cada uno, añadió una cooperación no superflua de su trabajo. Porque Mateo se entiende que asumió la encarnación del Señor según la estirpe real, y muchas cosas según la vida presente de los hombres hechas y dichas por él. Marcos, que le siguió, parece ser su acompañante y abreviador. Pues con solo Juan no dijo nada, él solo muy pocas cosas, con solo Lucas menos, con Mateo muchas, y muchas casi con las mismas palabras, ya sea con solo él o con los demás consonantes. Lucas, sin embargo, parece estar más ocupado con la estirpe sacerdotal y la persona del Señor. Pues no sigue el linaje real hasta David, sino que asciende a través de aquellos que no fueron reyes, hasta Natán, hijo de David, que tampoco fue rey. No como Mateo, que descendiendo a través del rey Salomón, persiguió también a los demás reyes en orden, manteniendo en ellos (de lo cual hablaremos después) un número místico. Porque el Señor Jesucristo, único verdadero rey y único

verdadero sacerdote, para gobernarnos y para expiarnos, demostró haber actuado estas dos personas en su figura, que fueron individualmente recomendadas entre los Padres. Y poco después: Porque según el hombre, Cristo fue hecho rey y sacerdote. A quien Dios dio el trono de David su padre para que su reino no tuviera fin, y fuera mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, para interceder por nosotros. Sin embargo, Lucas no tuvo un acompañante como abreviador, como Marcos con Mateo, y esto quizás no sin algún sacramento, porque los reyes no están sin la compañía de los cortesanos. Por lo cual, aquel que asumió narrar la persona real de Cristo, tuvo como compañero adjunto a quien de alguna manera siguiera sus huellas. Pero el sacerdote, porque entraba solo en el santo de los santos, por eso Lucas (cuya intención estaba en el sacerdocio de Cristo) no tuvo un compañero que de alguna manera abreviara su narración. Sin embargo, estos tres evangelistas se diversificaron principalmente en las cosas que Cristo temporalmente realizó a través de la carne humana. Pero Juan principalmente se enfocó en la divinidad del Señor, por la cual es igual al Padre, y se preocupó por recomendarla principalmente en su Evangelio tanto como creyó suficiente entre los hombres. Por lo tanto, se eleva mucho más alto que estos tres, de modo que ves a estos de alguna manera conversando en la tierra con Cristo hombre, pero a aquel habiendo trascendido la nube que cubre toda la tierra, y habiendo llegado al cielo claro, donde con la vista de la mente más aguda y firme vio en el principio el Verbo del Señor con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, y lo reconoció hecho carne para habitar entre nosotros. Nuevamente, después de algunas cosas: Por lo cual me parece que aquellos que interpretaron aquellos cuatro animales del Apocalipsis para entender a los cuatro evangelistas, atendieron algo más probable aquellos que entendieron al león en Mateo, al hombre en Marcos, al becerro en Lucas, al águila en Juan, que aquellos que asignaron al hombre a Mateo, al águila a Marcos, al león a Juan. Porque quisieron tomar una conjetura de los principios de los libros, no de toda la intención de los evangelistas, que más bien debía ser investigada. Porque mucho más congruentemente aquel que principalmente recomendó la persona real de Cristo, se entiende que fue significado por el león. Por lo cual también en el Apocalipsis, con la misma tribu real, se menciona al león, donde se dice: Venció el león de la tribu de Judá. Según Mateo, también se narra que los magos vinieron de Oriente a buscar y adorar al rey, que les apareció nacido por la estrella, y el mismo rey Herodes teme al rey Cristo niño, y para poder matarlo mata a tantos pequeños. Pero que Lucas fue significado por el becerro debido a la gran víctima del sacerdote, ninguno de los dos dudó. Porque allí comienza el discurso del narrador con el sacerdote Zacarías. Allí se menciona el parentesco de María y Elisabet. Allí se narran los sacramentos del primer sacerdocio cumplidos en el niño Cristo. Y cualquier otra cosa que pueda ser diligentemente advertida, por la cual aparezca que Lucas tuvo la intención en la persona del sacerdote. Pero Marcos, que no quiso narrar ni la stirpe real ni la sacerdotal, ni el parentesco ni la consagración, y sin embargo se muestra que se ocupó en las cosas que el hombre Cristo obró, parece haber significado solo la figura del hombre en aquellos cuatro animales. Estos tres animales, ya sea el león, el hombre o el becerro, caminan en la tierra. Por lo cual estos tres evangelistas se ocuparon principalmente en las cosas que Cristo obró en la carne, y en los preceptos que dio para ejercitar la vida mortal a los que llevan carne. Pero Juan vuela como un águila por encima de las nubes de la debilidad humana, y con los ojos del corazón más agudos y firmes contempla la luz de la verdad inmutable. Estos pocos testimonios del bienaventurado Agustín, extraídos de muchos, los inserté en la prefación de la epístola para repeler la calumnia de los quejosos, que tanto proporcionen defensa a nuestra obra anterior (como se ha dicho), como prefiguren un no ignoble sello a la presente. Que la gracia del supremo ayudador se digne conservar siempre a vuestra santa paternidad orando por nosotros y fortalecerla siempre para la defensa de su santa Iglesia.

EPISTOLA X, AD ACCAM. Sobre la exposición de los Hechos. Al deseado en el Señor y verdaderamente bienaventurado obispo Acca, Beda, salud perpetua en el Señor.

He recibido tus frecuentes cartas, en las cuales te has dignado advertirme que no permita que la agudeza de mi mente se adormezca en un ocio inerte, sino que, vigilante e incansable, me dedique diariamente a meditar y escudriñar las Escrituras. Y después de la exposición del Apocalipsis del santo evangelista Juan, que a petición de nuestro hermano Eusebio he abarcado en tres libros y que pronto te enviaré transcrita, también me he propuesto, siguiendo las huellas de los Padres, dedicarme con todo mi esfuerzo a la explicación del bienaventurado evangelista Lucas. Como aún no he podido hacerlo, atemorizado por la inmensidad de la obra y obstaculizado por las causas que tú conoces mejor, para no desatender la autoridad de tu petición, he hecho lo que por ahora he podido. He enviado un pequeño trabajo sobre los Hechos de los Apóstoles, que publiqué hace pocos días y que, tan rápido como el tiempo lo permitió, corregí para que no se viera impedida tu sacrosanta voluntad. En él he intentado aclarar, en la medida de mis posibilidades, lo que parecía haber sido realizado de manera mística o dicho de manera más oscura. En este pequeño trabajo, me han ayudado muchos escritores de la fe católica, especialmente Arator, subdiácono de la santa Iglesia Romana, quien recorriendo el mismo libro en verso heroico, mezcló algunas flores de alegoría en el mismo metro, dándome la oportunidad de recoger otras de ellas o de exponer las mismas de manera más clara. Los Hechos de los Apóstoles, como dice el bienaventurado Jerónimo, parecen sonar como una simple historia y tejer la infancia de la Iglesia naciente; pero si sabemos que su escritor, Lucas, era médico, cuya alabanza está en el Evangelio, advertimos que todas sus palabras son medicina para el alma enferma. De las cuales, al exponer algunas según la medida de nuestra pequeñez, primero nos preocuparemos por advertir que el mismo evangelista Lucas, como se ha dicho, según la tradición de los antiguos tratadistas de la Iglesia, era muy experto en el arte de la medicina y conocía más las letras griegas que las hebreas. Por eso su estilo, tanto en el Evangelio como en los Hechos de los Apóstoles, es más pulido y refleja la elocuencia secular, y usa más testimonios griegos que hebreos. De lo cual resulta, lo que más me asombra, y debido a la lentitud de mi ingenio, me siento golpeado por un estupor vehementísimo, no sé cómo investigar, por qué razón, cuando en la verdad hebrea se encuentran diez generaciones desde el diluvio hasta Abraham, el mismo Lucas, que con el Espíritu Santo guiando su pluma no pudo escribir nada falso, prefirió poner once generaciones en el Evangelio según los setenta Intérpretes, añadiendo a Cainam. Por eso, en el prólogo del Evangelio dice que le pareció bien escribir ordenadamente, porque muchos lo intentaron. Pero debemos entender que se refiere a aquellos cuya autoridad es grande en la Iglesia, porque lo que intentaron no pudieron cumplirlo. Este, sin embargo, no solo llevó su narración hasta la resurrección y ascensión del Señor, para que en los cuatro autores de la Escritura evangélica tuviera un lugar digno por su trabajo, sino que también escribió lo que después fue realizado por los apóstoles, lo que creyó suficiente para edificar la fe de los lectores o oyentes, de tal manera que su libro fuera el único considerado digno de fe en la Iglesia sobre los Hechos de los Apóstoles, rechazando todos aquellos que no escribieron los hechos y dichos de los apóstoles con la fe que se requería. En ese tiempo escribieron Marcos y Lucas, cuando no solo por la Iglesia de Cristo, sino también por los mismos apóstoles que aún permanecían en la carne, pudieron ser aprobados. Pues por disposición del Señor se llevaba a cabo que no solo los apóstoles que habían visto, sino también los discípulos que habían aprendido por el oído, escribieran los hechos y dichos de Cristo, para que a los doctores de la Iglesia que seguían se les proporcionara la confianza y autoridad para predicar y escribir lo que no habían visto. Los Hechos de los Apóstoles, y especialmente los del bienaventurado Pablo, de quien el bienaventurado Lucas fue compañero inseparable en sus

viajes, los compuso tal como los veía. Todo su contexto, según hemos podido advertir de otras historias, abarca veintiocho años, es decir, seis años de Tiberio César, cuatro de Cayo, catorce de Claudio. En el reinado de este príncipe, el apóstol Pedro llegó a Roma, y en el cuarto año, habiendo ocurrido una hambruna, en el octavo año los judíos fueron expulsados de Roma. También cuatro años de Nerón, de los cuales en los dos últimos el bienaventurado Pablo permaneció en Roma en custodia libre. De lo cual entendemos que el libro fue compuesto en la misma ciudad. Asimismo, para discernir los mismos tiempos a través de los reyes de los judíos, Herodes, Felipe y Lisánias fueron tetrarcas durante seis años; Herodes, el rey que también es Agripa, que murió en Cesarea, siete años; Agripa, su hijo, bajo quien Pablo fue enviado a Roma, quince años. De los cuales restan doce años hasta la destrucción de Jerusalén. He detallado esto más claramente para que cuando revises la historia de ese mismo libro, puedas reconocer claramente qué se hizo en qué tiempo. También he enviado una pequeña explicación de la epístola del bienaventurado evangelista Juan, de la cual extraje la mayor parte de las homilías del santo Agustín, difundidas con amplísima suavidad, como un breve compendio. Sin embargo, también añadí algunas cosas al final con mi propio esfuerzo. En ambas obras, si encuentras alguna utilidad, atribúyelo a los dones de Dios. Si encuentras algo superfluo, compadécete de mi fragilidad. Que el Señor omnipotente conserve siempre a vuestra beatitud intercediendo por nosotros, para el gobierno de la Iglesia.

EPISTOLA XI. Prefacio sobre la Retracción de los Hechos.

Sabemos que el excelso doctor y pontífice Agustín, cuando era anciano, hizo libros de Retracciones sobre algunas de sus obras que había compuesto de joven, para que lo que había aprendido mejor con el tiempo, a través del uso frecuente de la lectura y el don de la gracia celestial, no lo incluyera en los monumentos de las letras como avergonzado de su ignorancia pasada, sino más bien como gozoso de su progreso, y lo dejara para que las generaciones futuras lo leyeran. Nos ha complacido imitar su diligencia también según nuestra medida, para que después de la exposición de los Hechos de los Apóstoles, que hace muchos años escribimos a petición del venerable obispo Acca, con la mayor habilidad que pudimos, ahora en el mismo volumen compongamos un breve libro de retractación, con el propósito principalmente de añadir lo que se dijo menos, o de corregir lo que parecía haber sido dicho de manera diferente a lo que se deseaba. En el cual también hemos procurado brevemente recordar algunas cosas que vimos puestas de manera diferente, o más o menos en el griego. No hemos podido saber aún si fueron omitidas o dichas de manera diferente por negligencia del traductor, o si fueron corrompidas o dejadas por descuido de los copistas. Pues no me atrevo a sospechar que el ejemplar griego haya sido falsificado; por lo cual advierto al lector que dondequiera que hayamos hecho esto, lo lea por el bien de la erudición, pero no lo inserte en su volumen como si estuviera corregido, a menos que tal vez lo encuentre así interpretado en el Códice latino de su edición antigua. Pues también Jerónimo enseña muchos testimonios del Antiguo Testamento, tal como los tiene la verdad hebrea; sin embargo, no quiso que los interpretáramos o corrigiéramos en nuestros Códices. Por ejemplo: No miraré más al hombre, y al habitante, mi generación ha descansado; y: Su sepulcro será glorioso; y: Desde los confines de la tierra hemos oído alabanzas; y: Todo el que mate a Caín será castigado siete veces: dice que en hebreo se tiene: Siete venganzas absolverá; y: Desde las alas de la tierra; y: Su descanso será glorioso; y: El habitante del descanso, mi generación ha sido quitada, que quiso que el lector supiera que así se tiene entre los hebreos, solo por el bien de la erudición, no para corregir.

EPISTOLA XII, AD EUSEBIUM.

Al queridísimo hermano Eusebio, Beda saluda.

El Apocalipsis de san Juan, en el cual Dios se dignó revelar con palabras y figuras las guerras e incendios internos de su Iglesia, me parece (hermano Eusebio) estar dividido en siete secciones.

En la primera de ellas, después de un copioso prefacio para fortalecer la fe de los débiles, y enumeradas las pasiones del Señor y sus glorias posteriores, la Iglesia ve a uno semejante al Hijo del hombre vestido: quien, después de recordar lo que especialmente se ha hecho o se hará en las siete Iglesias de Asia, describe las luchas y las palmas. Donde en sexto lugar, consultamente, se deben someter los judíos a la Iglesia, y la tentación del mundo entero futura, y promete que vendrá pronto: en séptimo lugar, pone a la tibia Laodicea: Porque cuando venga el Hijo del hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra?

En la segunda sección, descritos en el trono de Dios los cuatro animales y los veinticuatro ancianos, ve al cordero, abriendo los siete sellos del libro sellado, revelar los conflictos y triunfos futuros de la Iglesia. Donde, según la costumbre de este libro, guarda el orden hasta el sexto número; y omitiendo el séptimo, recapitula, y concluye dos narraciones, como si siguiera el orden, en el séptimo. Pero también la recapitulación misma debe entenderse según los lugares. A veces recapitula desde el origen de la pasión, a veces desde el medio del tiempo, a veces solo sobre la última presión, o no mucho antes de lo que va a decir. Sin embargo, mantiene fijo que recapitula desde el sexto.

La tercera sección, bajo la figura de siete ángeles tocando trompetas, describe varios eventos de la Iglesia.

La cuarta, bajo la figura de una mujer que da a luz y un dragón que la persigue, revela los trabajos y victorias de la misma Iglesia, y recompensa a cada milicia con premios dignos. Donde también se mencionan las palabras y hechos de siete ángeles, y no todos juntos, como antes. Este número místico lo guarda casi en todas partes, ya que es costumbre del mismo Juan, también en los Evangelios y Epístolas, no decir nada de manera tibia y breve.

La quinta sección derrama sobre la tierra, a través de siete ángeles, las siete últimas plagas.

La sexta, la condenación de la gran ramera, es decir, la ciudad impía.

La séptima, muestra el adorno de la esposa del cordero, la santa Jerusalén descendiendo del cielo de Dios.

También he considerado brevemente mencionar las siete reglas de Ticonio, un hombre muy erudito entre los suyos, que son de gran ayuda para los estudiosos en la comprensión de las Escrituras. La primera de ellas es sobre el Señor y su cuerpo, cuando se pasa de la cabeza al cuerpo o del cuerpo a la cabeza, y sin embargo no se abandona a la misma persona. Pues una sola persona habla diciendo: Como el esposo me ha puesto una mitra, y como la esposa me ha adornado con ornamento; y sin embargo, se debe entender qué de esto conviene a la cabeza, qué al cuerpo, es decir, qué a Cristo, qué a la Iglesia.

La segunda es sobre el cuerpo del Señor dividido en dos partes, o más bien sobre el cuerpo verdadero y simulado del Señor, como prefirió llamarlo san Agustín. Pues la Iglesia dice: Soy morena y hermosa; pero dijo que era ambas cosas, debido a la comunión de los sacramentos, y por la mezcla temporal dentro de una red de peces buenos y malos. Las tiendas de Cedar pertenecen a Ismael, porque no será heredero con el hijo de la libre.

La tercera es sobre las promesas y la ley, que de otro modo puede llamarse sobre el espíritu y la letra, o sobre la gracia y el mandato. Esta es una gran cuestión para san Agustín más que una regla que debe aplicarse para resolver cuestiones. Es la misma que, al no entenderla, los pelagianos o bien fundaron su herejía o la aumentaron.

La cuarta es sobre la especie y el género. La especie es una parte; el género es el todo, del cual esa parte es. Así como cada ciudad es parte de toda la provincia, y cada provincia es parte de todo el mundo. De ahí que estas palabras hayan llegado al conocimiento del vulgo, para que incluso los ignorantes entiendan qué está constituido específicamente, qué generalmente en cualquier precepto imperial. Esto también se hace con los hombres, como lo que se dice de Salomón, excede su medida, y más bien se aclara cuando se refiere a Cristo y la Iglesia, de la cual él es parte. No siempre se excede la especie. A menudo se dicen cosas que pueden convenirle también a él, o tal vez solo a él de manera muy clara. Pero cuando se pasa de la especie al género, como si la Escritura aún hablara de la especie, allí debe estar atenta la intención del lector.

La quinta regla la llama de los tiempos. Pero puede (como me parece) también llamarse de los números. Dice que esta regla se aplica a través del tropo de la sinécdoque o de los números legítimos. El tropo de la sinécdoque es o de la parte al todo, o del todo a la parte. Con este modo de locución también se resuelve la cuestión sobre la resurrección de Cristo, pues la última parte del día en que sufrió, a menos que se tome por todo el día, es decir, añadiendo también la noche pasada; y la noche en cuya última parte resucitó, a menos que se tome todo el día, añadiendo, por supuesto, el día domingo que amanecía, no pueden ser tres días y tres noches, en los cuales predijo que estaría en el corazón de la tierra. Llama números legítimos a aquellos que la Escritura divina recomienda de manera eminente, como el séptimo, el décimo, o el duodécimo, que a menudo designan la universalidad del tiempo o la perfección de algo. Como: Siete veces al día te alabo, no es otra cosa que, Su alabanza siempre en mi boca. Tanto valen también cuando se multiplican por diez, como setenta y setecientos; de donde los setenta años de Jeremías pueden ser espiritualmente tomados por todo el tiempo en que la Iglesia está entre extraños, o por sí mismos, como diez por diez, cien, como doce por doce, ciento cuarenta y cuatro, número con el cual se significa la universalidad de los santos en el Apocalipsis.

La sexta regla de Ticonio la llama recapitulación. Pues algunas cosas se dicen en las Escrituras como si siguieran en orden de tiempo, o se narraran en continuidad de hechos, cuando la narración se refiere latentemente a cosas anteriores que se omitieron. Como en el Génesis cuando se dice: Estos son los hijos de Noé en sus tribus y lenguas. De ellos se dividieron las islas de las naciones sobre la tierra. Y de inmediato: Pero toda la tierra era de un solo labio y de las mismas palabras. Así parece dicho, como si en ese tiempo en que fueron dispersados hubiera una sola lengua para todos, cuando más bien recapitulando latentemente añade: Cómo fueron divididas las lenguas.

La séptima regla es sobre el diablo y su cuerpo. Pues a veces se dice al diablo lo que no se debe entender en él, sino en su cuerpo, como cuando el Señor exponiendo las fraudes y fuerzas de ese enemigo al bienaventurado Job, entre otras cosas dice: ¿Acaso multiplicará a ti sus súplicas, o te hablará cosas suaves? Pues en ninguna parte se lee que el mismo diablo vaya a hacer penitencia, sino su cuerpo, que condenado al final dirá: Señor, Señor, ábreanos. Estas reglas, por tanto, no solo en el Apocalipsis, es decir, en la revelación del santo apóstol Juan, que el mismo Ticonio entendió vivazmente y discutió de manera verídica y bastante católica, además de los lugares donde, defendiendo su parte, es decir, el cisma de los donatistas, lamenta las persecuciones que sufrieron de parte del piadoso emperador

Valentiniano, como herejes, con sus iglesias y pueblos, casas y posesiones entregadas a los católicos, y sacerdotes reclusos en el exilio, y llamándolas martirios, se gloria de que estas fueron predichas en el mismo Apocalipsis, sino que también en toda la Escritura canónica, y especialmente profética, quienquiera que preste atención diligente encontrará que estas mismas reglas están vigentes. Siguiendo el sentido de este autor en esta obra, hemos omitido algunas cosas que él puso externamente por causa de la brevedad, pero hemos procurado añadir muchas más que, como hombre ingenioso, y que, como se dijo de él, floreció abiertamente como una rosa entre espinas, no parecían dignas de ser buscadas, tanto como pudimos alcanzar por la tradición de los maestros, la memoria de la lectura, o incluso la capacidad de nuestro entendimiento. Pues también tenemos este precepto, que los talentos recibidos los devolvamos al Señor con intereses. Y aunque se decidió dividir la obra mencionada en tres libritos para la gracia de revelar la mente, no sé de qué manera, como dice el bienaventurado Agustín, así se restaura la intención del lector con el término del libro, como el viajero con el hospedaje. Sin embargo, para que la búsqueda sea más fácil para los que buscan, la misma serie intacta de capítulos, según lo que en el mismo librito una vez distinguí con breves encabezados, parecía ser guardada en todo. Pues considerando la pereza de nuestra nación, es decir, de los ingleses, que no hace mucho, es decir, en tiempos del bienaventurado papa Gregorio, recibió la semilla de la fe, y que en cuanto a la lectura la cultivó bastante tibia, he dispuesto no solo dilucidar los sentidos, sino también comprimir las sentencias. Pues la brevedad más clara que la prolija disertación suele fijarse en la memoria. Deseo que en Cristo estés bien, queridísimo hermano, y que te dignes siempre recordar a tu Beda.

EPISTOLA XIII. AD ACCAM.

Sobre la interpretación alegórica del primer libro de Samuel.

Porque todo lo que fue escrito, fue escrito para nuestra enseñanza, para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza. Y en otro lugar: Todo les acontecía en figura. Fueron escritas para nuestra corrección, sobre quienes han llegado los fines de los siglos. Pero también el bienaventurado apóstol Pedro, al recordar los tiempos de la encarnación, pasión y gloria posterior del Señor, dice entre otras cosas: Y todos los profetas desde Samuel, y en adelante, que hablaron, también anunciaron estos días. Pues si todo fue escrito para nuestra corrección, enseñanza o consolación, y no solo Jeremías e Isaías y otros semejantes, que señalaron el futuro con palabras, sino también Samuel, Jonás y Esdras, y otros semejantes, que escribieron los hechos o dichos pasados, ya sean suyos o de otros, insinúan estos días, es decir, los iluminados por la nueva gracia, debemos insistir con gran empeño, y esforzarnos cada uno según su medida con la gracia de Cristo ayudando, para que lo que fue escrito para nosotros no pase por nuestra pereza o negligencia como si fuera ajeno. Pero con qué sentido en estos obtenemos corrección, de qué manera enseñanza, con qué entendimiento consolación, cómo todo habla y anuncia estos días, debemos atender con diligencia y vigilancia, imitando según la capacidad de nuestro pequeño ingenio a aquel escriba instruido en el reino de los cielos, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Pues si solo nos preocupamos por sacar cosas viejas del tesoro de las Escrituras, es decir, seguir solo las figuras de la letra al modo judío, ¿qué corrección obtenemos entre los pecados cotidianos, qué consolación entre las crecientes tribulaciones del mundo, qué enseñanza espiritual entre los innumerables errores de esta vida, al leer o escuchar, cuando al abrir el libro, por ejemplo, del bienaventurado Samuel, encontramos que Elcana, un hombre, tenía dos esposas, nosotros, especialmente, que por la costumbre de la vida eclesiástica estamos lejos del abrazo de la esposa y tenemos el propósito de permanecer célibes, si no sabemos también extraer de estas

y otras palabras semejantes un sentido alegórico que vivamente nos restaure interiormente corrigiendo, enseñando y consolando?

Unde tu, frecuentemente, amadísimo y muy deseado de todos los obispos que habitan en la tierra, Acca, provocado por tu exhortación, confiando en tus oraciones, al examinar los escritos del profeta mencionado, que entonces era llamado Vidente, si algo espiritual y místico podía contemplar, gracias a aquel que le concedió ver muchas cosas espirituales, procuraré consignarlo por escrito. Y después de una exposición, aunque sea modesta, de las palabras del bienaventurado Lucas, en las que describe los actos evangélicos, ya sea del mismo Señor o de sus apóstoles, también intentaré demostrar que este santísimo Nazareo del Señor desde el vientre materno, no menos en sus escritos como evangelista, cumplió con el oficio de historiador, pues él mismo designó todos los sacramentos del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, con una historia fiel figurada, pero con un discurso plenísimo. Finalmente, para no hablar de otras cosas, considera atentamente el seno de David, el lugar de nacimiento, el oficio de pastor, el rubor y la belleza del aspecto, el modo de la unción, el distintivo de las virtudes, el peso de las tribulaciones y la gloria del reino prometido desde antiguo, si ves cuántos misterios de fe y verdad evangélica están acumulados en cada uno de estos. Pero estas cosas se tratarán más claramente en su lugar, ahora, confiando solo en la ayuda divina y siguiendo las huellas de los padres, emprenderé la obra encomendada en orden. Y si mi esfuerzo, como deseo, beneficia a muchos en utilidad y provecho, espero del Señor ser recompensado con gran recompensa junto con ellos; pero si no, mi diligencia, que no me permite estar ocioso en este trabajo durante tanto tiempo, ni entregarme a cosas superfluas, no podrá resultar infructuosa. Así pues, veamos, profeta Samuel, que hablaste y anunciaste estos días, cuál fue el comienzo de tu discurso y anuncio; y discutiendo en orden, con la ayuda del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, que enseñó cómo deben adaptarse todas las cosas a los días, busquemos cómo deben adaptarse cada una de ellas a esos días.

CARTA XIV. Sobre las estaciones de los hijos de Israel.

Al muy amado en el Señor y siempre con toda honorabilidad nombrado obispo Acca, Beda, tu fiel siervo.

Al enviarme ciertas cuestiones para resolver, amadísimo de los obispos, aunque no de la misma dificultad, me obligas a desviarme un poco de la exposición comenzada del bienaventurado profeta Samuel para investigar a Moisés e Isaías. La primera de ellas, que se refiere a la historia del tiempo pasado, o bien se aclarará fácilmente, o no permanecerá oculta con gran peligro. La segunda, que se refiere a la fe de lo futuro, si se entiende de manera incorrecta, debe evitarse caer en el abismo de la herejía nefanda. Preguntas, pues, sobre las estaciones de los hijos de Israel, que se cuentan cuarenta y dos al final del libro de los Números, a qué años deben adaptarse del largo viaje que se realizaba desde Egipto hasta la tierra prometida. Pues es claro para todos los lectores que, aunque los años de ese viaje se concluyen casi con el mismo número que las estaciones, no se menciona que estuvieran en cada campamento un año completo. Donde, como siempre hago, digo a tu beatitud lo que siento, que los campamentos o estaciones se ajustan solo a tres períodos de años, a saber, el primero, el segundo y el cuadragésimo, de la salida de Egipto.

El primer año contiene las estaciones con una cierta distinción de doce. La primera es la entrada el duodécimo día del primer mes; la última es el desierto de Sinaí, visitada el primer día del tercer mes, y no abandonada durante once meses continuos, por la gracia de construir

el tabernáculo y enseñar la ley. De las cuales, a saber, de las doce estaciones, el libro del Éxodo menciona expresamente solo nueve, omitiendo las otras tres bajo el nombre del desierto de Sin, que se dice estar entre Elim y Sinaí, de manera indiscriminada.

El segundo año comprende veintiuna estaciones, todas incluidas indistintamente bajo el nombre del desierto de Faran en el orden de la historia, pero solo la primera, la segunda y la última, es decir, los sepulcros de la concupiscencia, Aserot y Cades, se distinguen por su nombre; pero en el catálogo de las estaciones se muestra diligentemente cuántas fueron en número y cómo se llamaron. La primera estación, es decir, los sepulcros de la concupiscencia, se visitó el vigésimo segundo día del segundo mes de ese segundo año. Pues en el segundo año, como dice la Escritura, en el segundo mes, el vigésimo día del mes, levantaron el campamento del desierto de Sinaí, y la nube, dice, reposó en el desierto de Faran, y partieron del monte del Señor por un camino de tres días, hasta que llegaron al lugar de la estación, que con razón recibió el nombre de sepulcros de la concupiscencia del pueblo que deseaba las carnes de Egipto. Sin embargo, no se dice en qué día o mes de ese año se ingresó en la última de estas estaciones, es decir, Cades; pero no se oculta que también se visitó ese año, ya que está situada en el desierto de Faran. Está escrito: Y el pueblo no se movió de ese lugar hasta que, después de que María fue devuelta, partieron de Aserot y acamparon en el desierto de Faran; allí el Señor habló a Moisés diciendo: Envía hombres que exploren la tierra de Canaán; para que no se piense que se ordenó y se hizo en la estación inmediatamente después de Aserot, sino que se entienda que se cumplió en la última de las que están contenidas bajo el nombre del desierto de Faran, veamos lo que está escrito más adelante: Y los exploradores de la tierra regresaron después de cuarenta días, habiendo recorrido toda la región, y vinieron a Moisés y Aarón y a toda la congregación de los hijos de Israel en el desierto de Faran, que está en Cades. Y también en el Deuteronomio, Moisés mismo habla al pueblo: Y cuando llegasteis a Cades-barnea, os dije: Habéis llegado al monte del amorreo que el Señor nuestro Dios nos dará, ve la tierra que el Señor tu Dios te da, sube a ella; y todos vosotros os acercasteis a mí y dijisteis: Envía hombres que exploren la tierra, etc. Y que visitaron esa misma estación en el segundo año de la salida de Egipto, de la cual, sin embargo, por el pecado de la murmuración, merecieron retroceder y errar por mucho tiempo en el desierto y caer aquí y allá, lo testifica Moisés en lo siguiente, diciendo: Y permanecisteis en Cades-barnea mucho tiempo; y partiendo de allí, vinimos al desierto que conduce al mar Rojo, como el Señor me había dicho, y rodeamos el monte Seir por mucho tiempo. Y más adelante: El tiempo que caminamos desde Cades-barnea hasta el paso del torrente Zared fue de treinta y ocho años, hasta que se consumió toda la generación de hombres guerreros del campamento, como el Señor había jurado. Zared no es el nombre de una estación, de esas cuarenta y dos, sino el nombre de un torrente, al cual, como se lee en el volumen de los Números, llegaron después de haber pasado la trigésima octava estación llamada Hie de Aram. Dejándolo, dice, acamparon frente a Arnón, que está en el desierto y se extiende en los límites del amorreo; lo cual sabemos que ocurrió en el año cuadragésimo. Este año cuadragésimo, el mismo y último, contiene diez estaciones en el largo camino por el desierto, de las cuales la primera es la misma Cades del desierto de Sin, que con gran esfuerzo fue encontrada, la misma que habían dejado atrás treinta y ocho años antes, como se ha dicho, por la culpa de la transgresión. De la cual está escrito: Y vinieron los hijos de Israel y toda la multitud al desierto de Sin, en el primer mes, y el pueblo acampó en Cades, y allí murió María y fue sepultada en el mismo lugar. Y cuando el pueblo necesitaba agua, se levantaron contra Moisés y Aarón, etc., hasta lo que está escrito: Esta es el agua de la contradicción, donde los hijos de Israel disputaron contra el Señor y fue santificado en ellos. Y es de notar que la Escritura refiere que la misma Cades está situada en el desierto de Faran y en el desierto de Sin. De donde se puede conjeturar que, como es costumbre en los lugares,

una parte del desierto de Faran, donde está Cades, se llama especialmente Sin. Sin embargo, no es la misma que cruzaron inmediatamente después del mar Rojo entre Elim y Sinaí, sino otra completamente diferente, escrita con otros elementos en hebreo. La segunda estación de ese mismo año cuadragésimo es el monte Hor, donde murió Aarón el primer día del quinto mes; la última, las llanuras de Moab sobre el Jordán frente a Jericó, donde permanecieron meditando el Deuteronomio hasta que, después de la muerte de Moisés, bajo la guía de Josué, cruzaron el lecho seco del río Jordán el primer día del décimo mes. Así, todas las estaciones del primer año son doce, del segundo veintiuna, del último, la misma vigésima primera que es Cades y otras nueve, es decir, en total cuarenta y dos: donde se debe observar con más atención por qué el legislador, con tanta diligencia, prefirió omitir el catálogo de las estaciones de los tres años restantes, de modo que los lugares de las estaciones, separados por tanto tiempo o más bien por siglos, se conectan bajo el contexto de una narración continua como si sucedieran inmediatamente uno tras otro: Y saliendo de Hebrón, acamparon en Asiongaber. De allí partieron y llegaron al desierto de Sin, esta es Cades. Saliendo de Cades, acamparon en el monte Hor; cuando las investigaciones más cuidadosas enseñan que en su segundo año de partida vinieron de Asiongaber y después de largos rodeos de treinta y ocho años, finalmente dejaron atrás esa misma Cades y llegaron al monte Hor, no debe entenderse que esto se hizo y se escribió de esta manera sin razón, sino por la gracia de un gran misterio, donde, salvo un tratamiento más sutil, creo que debe entenderse moralmente. Y que el contexto de las estaciones que lleva a los liberados de la servidumbre egipcia a la tierra de la promesa, como el bienaventurado Jerónimo expone más claramente en el libro escrito sobre esto, es la ascensión espiritual de las virtudes, por las cuales la Iglesia de Cristo, por las cuales cada alma fiel, con la esperanza de la libertad, se esfuerza por ascender de este valle de lágrimas al lugar dispuesto para ella, es decir, para ver al Dios de los dioses en Sion, mientras, con el progreso de nuestras buenas obras, avanzamos de virtud en virtud como si acampáramos en ciertos campamentos y estaciones, guiados por Dios, en el desierto del mundo sediento. Pero cada vez que nos desviamos del camino de la verdad por cualquier vicio que se nos insinúe, no podemos ascender inmediatamente a los grados más altos de las virtudes, sino que, mientras tanto, debemos volver poco a poco a los defectos más bajos de la mente miserable, hasta que, habiendo hecho frutos dignos de penitencia, lleguemos de nuevo a aquel estado del que caímos, el culmen que debemos alcanzar en el camino de las virtudes, despojándonos del viejo hombre con sus actos y revistiéndonos del nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y santidad: lo que significa la muerte y el entierro de los padres pecadores en el desierto y la alegría de la juventud nacida allí, que, habiendo vencido el río de la muerte, es digna de entrar en el reino de la promesa celestial. Así sucede en la renovada juventud de nuestra buena conversación, como el águila, que ya con tal y tan grandes cosas de la gracia espiritual puede enfrentar a los espíritus malignos, y así podemos establecer firmemente el campamento de los progresos celestiales, que no solo sean agradables a la vista divina, sino también dignos de los escritos y alabanzas de los padres espirituales. Esto sobre tu primera cuestión, querido, porque son claras para los que ven y han sido tratadas en el curso histórico, nos apresuramos a responder tan pronto como leímos las cartas de tu beatitud. Sobre el testimonio del Profeta que enviaste para ser expuesto, si podemos percibir algo digno de memoria con la ayuda de Dios, también nos apresuraremos a no ocultártelo. Que la santa e indivisa Trinidad mantenga a tu santa beatitud, orando por su Iglesia, en buena salud.

CARTA XV. Sobre lo que dice Isaías: «Y serán encerrados allí en prisión y después de muchos días serán visitados.»

Al muy bienaventurado y siempre venerado con íntima caridad, santo obispo Acca, Beda, humildísimo siervo de Cristo, salud.

Dado que, respondiendo apresuradamente a tu primera proposición, consideré más oportuno examinar en su momento la segunda, que me parecía más oscura; ahora, por tanto, expondré sobre ella según el sentido de mi pequeño ingenio, lo que pueda decirse y entenderse sin escrúpulo de la fe católica. Preguntas (lo cual es ciertamente digno de ser preguntado, aunque no sé si debe ser preguntado por alguien como yo) cómo debe entenderse lo que Isaías dice al escribir sobre el día del juicio, entre otras cosas: "Y será en aquel día, el Señor visitará sobre el ejército del cielo en lo alto y sobre los reyes de la tierra que están sobre la tierra, y serán reunidos en la congregación de un solo haz en el lago y serán encerrados allí en la cárcel, y después de muchos días serán visitados, y se avergonzará la luna, y se confundirá el sol cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion y en Jerusalén y sea glorificado en presencia de sus ancianos". Afirmas que te has sentido impulsado a preguntar esto por la lectura de nuestro tercer libro sobre Samuel, donde, interpretando la piedra incrustada en la cabeza de Goliath como el castigo eterno e ineludible del diablo y sus ángeles y compañeros, hicimos mención de esta sentencia, no explicando cómo debe entenderse, sino cómo no debe entenderse, es decir, que de ninguna manera serán liberados después de muchos días aquellos a quienes en el último juicio se les dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno". Pues el mismo profeta no puede ser contrario a sí mismo, quien en otro lugar dice: "Y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá". Sin embargo, si se pregunta cómo debe entenderse, confieso abiertamente a tu santidad, señor amadísimo en Cristo, que no me atrevo a decir que he entendido lo que el profeta Isaías quiso decir y que se entienda en esta sentencia. Sin embargo, no me niego a exponer lo que, según creo, pienso pura y católicamente a tu requerimiento. Primero, observando más detenidamente lo que el bienaventurado Jerónimo decía en su bellísima obra sobre el mismo profeta: "Lo que sigue (dice): 'Y después de muchos días serán visitados', parece dar la razón a mis amigos, que otorgan penitencia al diablo y a los demonios, que después de mucho tiempo serán visitados por el Señor; pero consideren que la Escritura divina no dice abiertamente, 'serán visitados por el Señor', o 'serán visitados por los ángeles', sino simplemente, 'serán visitados'. De esta ambigüedad de la palabra puede entenderse tanto un remedio como una corrección, que, después de que los justos hayan recibido sus premios, aquellos sean visitados en penas perpetuas. Y sin embargo, debe saberse que la fragilidad humana no puede conocer el juicio de Dios, ni emitir sentencia sobre la magnitud y medida de las penas, que ha sido dejada al arbitrio del Señor". Con estas palabras, el doctísimo varón refuta el error de aquellos que piensan que el diablo con los ángeles y los hombres reprobos serán liberados de los suplicios después de mucho tiempo, aunque sea al final del juicio último, y demuestra que de las palabras del profeta puede entenderse que, después de que a los justos se les otorguen premios eternos en el juicio, los condenados reprobos sean visitados en un orden perpetuo de pena desconocido para nosotros; que, sin embargo, obtendrán algún remedio, aunque no serán liberados de todos los tormentos, o ciertamente serán castigados con una corrección aún más grave, lo cual, sin embargo, sea cual sea y en la medida que sea y cuando sea, está abierto solo al conocimiento del juez eterno. Sin embargo, en ninguna otra parte de las Escrituras leemos algo de este tipo de sentido sobre aumentar o disminuir los tormentos de los reprobos después del día del juicio. Pues algunos, con el profeta Habacuc, como si en ayuda de este tipo de sentido, asumen: "En la ira recordarás la misericordia", esto ambiguo, pero otra cosa es clara y evidente: que, a causa de la transgresión, Dios expulsó a los hombres de los gozos del paraíso a este valle de lágrimas, pero no les quitó la esperanza de arrepentirse, como a los ángeles que cayeron del cielo, sino que además les proporcionó la oportunidad frecuente de recuperar la salvación. El espíritu mencionado va y no regresa, lo que parece que, cuando pecamos, Él, que siempre está tranquilo en sí mismo, se enoja mientras castiga, sin embargo, recuerda tener misericordia de los que se arrepienten

dignamente; lo que finalmente dijo el mismo profeta en oración por los que pecan ignorando, que al enojarse con el que peca ignorante, inmediatamente se compadece del que ora, lo cual es similar a lo que dice el salmista: "¿Acaso olvidará Dios tener misericordia, o retendrá en su ira su misericordia?" Esto y todas las demás declaraciones de este tipo, como también aquello: "Visitaré con vara sus iniquidades, y añadiré a sus plagas siete veces", y otras cosas semejantes, es seguro que se refieren al estado de este siglo, en el cual los santos cantan al Señor misericordia y juicio. Sin embargo, es incierto si también del futuro, en el cual se hace lo que en otro salmo se dice a Dios: "Porque tú pagarás a cada uno según sus obras", porque, digo, la Escritura no dice claramente algo sobre tal cambio futuro después del juicio universal, hay quienes piensan que aquel versículo del profeta, que dice que los reyes de la tierra encerrados en la cárcel del lago serán visitados después de muchos días, no se cumplirá después de mucho tiempo del juicio final, sino en el mismo juicio. Porque, evidentemente, los hombres culpables de mayores crímenes, reunidos en el lago de miseria muchos días antes del juicio, en el mismo tiempo del juicio serán llamados a resurrección por un breve tiempo del lago, y una vez completado el juicio, con el cuerpo recibido, serán nuevamente encerrados en el lago. La visita futura después de muchos días, es decir, en el tiempo de la resurrección y del juicio venidero, también completarán los versículos siguientes; en los cuales se dice: "Y se avergonzará la luna y se confundirá el sol cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion", etc. Esto ciertamente sucederá en el día del juicio, cuando Cristo mostrará a todos la gloria de su reino y la bienaventuranza de su visión a los santos. Habla tanto la profecía como más claramente la Escritura evangélica, diciendo el Señor: "Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas del cielo caerán, y las virtudes que están en los cielos se moverán, y entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes con gran poder y gloria". Ni esto que se dice: "Y será en aquel día, el Señor visitará", piense alguien que es contrario a esta afirmación, como si no pudiera decirse que en aquel día sucederá lo que muchos días antes del juicio se cumplirá. Pues la Escritura, al hablar del día del juicio, suele designar no solo aquel día, sino también aquella hora, señalando los tiempos inmediatamente anteriores al juicio. De hecho, el apóstol Juan, escribiendo tanto tiempo antes del día del juicio, dice: "Hijitos, es la última hora, y como habéis oído que el Anticristo viene, ahora han surgido muchos anticristos, por lo cual sabemos que es la última hora". Y el mismo Señor en el Evangelio, cuando dijo: "El día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos, así será el día en que el Hijo del Hombre se revele", inmediatamente añadió, y dijo: "En aquella hora, el que esté en el tejado y sus bienes en la casa, no descienda a tomarlos, y el que esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás".

Parecía, en efecto, que, al haber mencionado el día de la revelación, debía inmediatamente añadir aquella hora, no debiendo entenderse otra hora que aquella en la que la revelación misma ocurriría. Sin embargo, al nombrar la hora, el Señor no señaló lo que sucedería en el día del juicio revelado, sino lo que debía hacerse antes del día del juicio revelado. Pues nadie en Sodoma, cuando el Señor hizo llover fuego y azufre del cielo, tuvo tiempo para recurrir al arrepentimiento de sus pecados, ni para aumentar los mismos, así como tampoco, una vez revelado el Hijo del Hombre, alguien tendrá la facultad ni la voluntad de repetir los deseos que había dejado al ascender por encima del mundo, ni de abandonar los frutos de las virtudes espirituales que hasta entonces había ejercitado. Esto es, en efecto, dejar en la casa los utensilios al descender para tomarlos y retroceder en el campo de los que trabajan, cuando la llegada inesperada del juez obligará a todos a temer solamente y a pensar en la retribución de sus obras. Así, pues, el Apóstol, en los mismos inicios del Nuevo Testamento, testifica que ya ha llegado la última hora. Y si el Señor, al hablar del día del juicio y de la revelación de su

venida, de repente introdujo lo que en aquella hora debe evitarse, lo que los fieles deben hacer, se prueba con razón manifiesta que no se refiere al mismo momento del juicio venidero, sino más bien a los tiempos cercanos al juicio inminente, sobre los cuales se había prometido: Vendrán días cuando desearéis ver un día del Hijo del Hombre y no lo veréis, y os dirán: He aquí aquí, y poco después: Y como sucedió en los días de Noé, así será en el día del Hijo del Hombre; comían y bebían, se casaban y se daban en matrimonio; he aquí cuánto más el profeta, que, adelantándose a los tiempos del Nuevo Testamento con los volúmenes de tantos siglos, extendió el ojo de la profecía para observar los eventos del tiempo final, pudo, al hablar de la consumación del siglo, intercalar también aquellas cosas que veía que no sucederían ya con la consumación inminente, sino aún pendiente. Por lo tanto, es conveniente examinar con más diligencia las partes superiores de este lugar profético, sobre el cual se cuestiona, y explicar cómo pertenecían en parte al día del juicio, en parte a los tiempos cercanos al juicio. Los transgresores, dice, han transgredido y con la transgresión de los transgresores han transgredido. ¿Quién no ve que esto sucederá antes del día del juicio, cuando, como el Señor predijo, muchos se escandalizarán y se traicionarán mutuamente y se odiarán unos a otros; y surgirán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos, y al abundar la iniquidad se enfriará la caridad de muchos? Luego añade: Miedo y foso y lazo sobre ti, habitante de la tierra; y será que quien huya de la voz del miedo caerá en el foso, y quien se libre del foso será atrapado en el lazo; y esto, al acercarse, pero no aún apareciendo, el juicio, es evidente que sucederá en los tiempos del Anticristo. Pues, ¿quién, cuando el Señor venga del cielo y todos resuciten en un abrir y cerrar de ojos, podrá huir vacío de un lugar a otro, o cambiar de opinión con diversos planes de escape, lo cual solo concuerda con el estado de esta vida? Por lo tanto, como dije, estas palabras se adaptan más adecuadamente a los tiempos de la última persecución: miedo, etc., ya que dice que el habitante de la tierra será sorprendido, él mismo es el torbellino de la mencionada persecución, de la cual el Señor, explicando los hechos del Anticristo a Job, dice: Alrededor de sus dientes hay miedo; y a los discípulos en el Evangelio: Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, o con qué miedo deseaba ser liberado el profeta, que dice: Líbrame del temor del enemigo. Pues es de notar que no dice de la espada del enemigo, sino del temor, dice, del enemigo líbrame, porque no era esto lo que el fuerte mártir deseaba, que el enemigo no lo matara corporalmente; sino esto ciertamente, que no temiera a quien mata el cuerpo, pero no puede matar el alma, no sea que temiéndolo ofendiera a quien puede perder tanto el alma como el cuerpo en el infierno, lo cual se sabe que sucedió a los que estaban en medio del combate, quienes, no soportando las adversidades de las penas, negaban la vida eterna. De los cuales aquí se dice: Y será que quien huya de la voz del miedo caerá en el foso. Pues quien huye de la voz del miedo cae en el foso, quien, por las amenazas o tormentos del perseguidor, abandonando la constancia de la fe, no teme perder a Cristo. Sin embargo, hubo algunos que, forzados por la violencia de los tormentos, negaban a Cristo más con la voz que con la mente, y por eso, escapando de las manos de los torturadores, volvían de nuevo a Cristo con la ayuda de la compasión fraterna, y a quien antes habían negado tímidamente, perseveraban de nuevo valientemente en su confesión, y borraban la culpa de la apostasía perfectamente, ya sea con el largo remedio de la penitencia, o incluso restaurando el combate de los mártires. Pero algunos, habiendo caído en el martirio, para que no tuvieran tiempo de arrepentirse y volver a la penitencia que habían propuesto y al perdón, eran inmediatamente asesinados por el adversario ardiente en degollar almas, no cuerpos, a quienes se adapta lo que el profeta aquí añade: Y quien se libre del foso será atrapado en el lazo. Pues cuando sabemos que la muerte de tales almas fue infligida a los cristianos por los antiguos perseguidores de la Iglesia, es decir, los miembros del diablo, ¿quién duda que será infligida mucho más cuando el mismo Satanás, el líder y origen de todos los males, haya levantado su cabeza del abismo para perseguir a la Iglesia? Habiendo

predicho el profeta estas cosas sobre el tiempo cercano al día del juicio, añade consecuentemente aquellas que, si no me equivoco, pueden entenderse correctamente de dos maneras, que las cataratas de lo alto están abiertas, y se sacudirán los fundamentos de la tierra, la tierra se romperá con ruptura, se triturará con trituración, se moverá con movimiento, se agitará con agitación, como un borracho. Pues puede entenderse que se dice del mismo elemento de la tierra, que en el tiempo final será completamente movido de su estado original. También pueden designarse con el nombre de tierra a los hombres que habitan en la tierra, y la sacudida, ruptura, trituración, movimiento, agitación de esa misma tierra racional puede entenderse como aquella de la que el Señor en el Evangelio, después de haber dicho: Habrá señales en el sol y la luna y las estrellas, añadió diciendo: Y en la tierra angustia de las naciones; o ciertamente aquella de la que añadió inmediatamente, diciendo: Por la confusión, el sonido del mar y las olas, los hombres se secarán por el temor y la expectación de lo que vendrá sobre todo el mundo. Pero lo que añade el profeta: Y será quitada como una tienda de una noche y la iniquidad la agravará y caerá y no añadirá para levantarse, se refiere especialmente al día del juicio, cuando pasará la figura de este mundo y la conversación de los hombres que ahora está en él pasará. Sobre este último día, intercalada la sentencia, vuelve de nuevo a aquellas cosas que preceden al último día terrible, es decir, a predecir la destrucción del Anticristo, diciendo: Y será, dice, en aquel día el Señor visitará sobre el ejército del cielo en lo alto y sobre los reyes de la tierra que están sobre la tierra, y serán reunidos en un solo haz en el lago y serán encerrados allí en prisión. Pues Dios visitará sobre el ejército del cielo en lo alto, cuando, habiendo matado al Anticristo, haya quebrantado en gran parte el poder de los espíritus inmundos, que correctamente se llama ejército del cielo, ya sea porque desde el principio, cayendo de las alturas celestiales a las profundidades, o porque permaneciendo en el aire, que a menudo en las Escrituras se llama cielo, lleva a cabo un estudio pertinaz de guerra con el género humano. Por lo cual el Apóstol dice que no tenemos lucha contra carne, sino contra principados y potestades, contra los rectores del mundo de estas tinieblas, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales. Y el Señor, describiendo su futura perdición a través del profeta, dice: Mi espada se ha embriagado en el cielo. En aquel día, pues, es decir, en el tiempo en que el miedo y el foso y el lazo capturarán al habitante de la tierra en la máxima y última tribulación, cuando nación se levante contra nación y reino contra reino, se sacudirán los fundamentos de la tierra, y ella misma, al ser atacada por sus propios habitantes, se romperá, triturará, moverá, agitará como un borracho, con la aproximación y ya inminente remoción y ruina de ella misma, el Señor visitó sobre el ejército del cielo en lo alto enviando un ángel del cielo, que al hombre de pecado, hijo de perdición, que se eleva y exalta sobre todo lo que se llama Dios o que es adorado, de modo que se sienta en el templo de Dios, sea destruido por el poder divino: lo cual el bendito papa Gregorio entiende que será realizado por el arcángel Miguel, según el Apocalipsis de San Juan, donde está escrito: Y hubo una batalla en el cielo, Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y el dragón luchaba y sus ángeles, y no prevalecieron, ni se halló más su lugar en el cielo. Será visitado, pues, sobre el ejército del cielo, cuando el Anticristo sea destruido, porque al ser destruido, el poder de los espíritus malignos, que lo habían ayudado a mostrar señales mentirosas, será debilitado y anulado, y él mismo no sin razón puede ser contado entre el ejército del cielo porque presume exaltarse no solo sobre todos los ángeles, sino también sobre toda la majestad divina. Será visitado también sobre los reyes de la tierra, que son, a saber, los ministros del Anticristo y sus partidarios y colaboradores en sus hechos y fraudes, que con mentes bajas y terrenales dominan con impío imperio, de quienes no hay duda de que perecerán con el mismo furor de su tribulación. Según lo que las historias relatan que sucedió a todos los autores de guerras que se encendieron contra la Iglesia. Pues es de notar que no dice abiertamente Sobre todos los reyes de la tierra, como tampoco Sobre todo el ejército del cielo; sino absolutamente, Dios visitó,

dice, sobre el ejército del cielo en lo alto, y sobre los reyes de la tierra, que están sobre la tierra; de donde aunque estas cosas no se entiendan dichas de la caída general de todos, sino de la especial de ciertos hombres y ángeles malos; y serán reunidos en la congregación de un solo haz en el lago, y serán encerrados allí en prisión, se dice de las almas de aquellos cuyos cuerpos, al visitar el Señor, serán entregados a la muerte, que aunque no salgan todas al mismo tiempo del cuerpo, todas sin embargo en su orden serán reunidas en el mismo haz, serán encerradas en el mismo calabozo de penas eternas. Según la disposición del juez estricto, para que quienes con igual mente atacaron a la Iglesia, igualmente sufran el castigo de su teomaquia. Lo cual también los doctores de la Iglesia enseñan que sucederá a los demás réprobos, a saber, que los iguales en culpas serán igualmente condenados en penas, y esto es lo que el Señor dice de la cizaña: Atadla en manojos para quemarla, avaros con avaros, lujuriosos con lujuriosos, perjuros con perjuros, y también los demás pecadores con cómplices de culpa similar, serán sumergidos juntos en los fuegos eternos. Serán reunidos, pues, pereciendo el Anticristo, los ministros de sus engaños en la prisión de las penas infernales, y después de muchos días serán visitados: en el tiempo, a saber, de la resurrección de todos, cuando para ese tiempo sus almas serán llamadas brevemente desde el infierno para que, recibiendo el cuerpo, inmediatamente después de completado el juicio, con los demás pecadores sean devueltas a las mismas penas. Ni piense alguien que nuestra afirmación, por la cual decimos que el Anticristo será muerto antes de muchos días del juicio universal venidero, se opone a lo que el Apóstol dice de él: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, destruirá con la manifestación de su venida; pues al decir esto el Apóstol significa que el poder de aquel diablo será quebrantado y terminado con una plaga tan grande y terrible, que nadie dudará de que la presencia del advenimiento del Señor haya estado presente para destruir su soberbia, según lo que la Escritura recuerda que sucedió en Herodes, quien mató a Santiago y envió a Pedro a la cárcel; y las historias eclesiásticas también relatan que sucedió lo mismo en los demás perseguidores de los cristianos, o ciertamente dice que lo matará con el espíritu de la boca del Señor y lo destruirá con la manifestación de su venida, porque ciertamente cuando él venga al juicio la última enemiga será destruida, la muerte, y todo el poder de sus satélites, es decir, del diablo, perecerá completamente con él. Pues lo que el profeta Daniel testifica que el juicio universal no vendrá inmediatamente después de la muerte de aquel hombre de pecado, hijo de perdición, quien en la última visión de su profecía, describiendo los actos de aquel reino, cuando comprendió los tiempos del reino en mil doscientos noventa días, es decir, tres años y medio, de repente añadió: Bienaventurado el que espera y llega a los mil trescientos treinta y cinco días. Este versículo el bienaventurado presbítero Jerónimo lo expone con estas palabras: «Bienaventurado, dice, quien, después de la muerte del Anticristo, espera los días más allá del número terminado, cuarenta y cinco, en los cuales el Señor y Salvador vendrá en su majestad.» Y por qué después de la muerte del Anticristo hay un silencio de cuarenta y cinco días, es de la ciencia divina, a menos que digamos que la dilación del reino de los santos es una prueba de paciencia; pero también es de notar en lo que está escrito, Y después de muchos días serán visitados, porque la misma expresión de muchos días se asigna más adecuadamente a los tiempos de este siglo, que se multiplican con la alternancia de días y noches, que a los futuros, donde cesando los cursos de las horas, el Señor será para los santos en luz sempiterna, y los impíos, con manos y pies atados, serán enviados a las tinieblas exteriores. Por lo tanto, es correcto pensar que quienes ahora están retenidos en la cárcel de las tinieblas infernales, después de muchos días de este siglo que pasa, serán visitados, en aquella hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Señor y saldrán, los que hicieron el bien, a la resurrección de vida, y los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio, en cuyo tiempo de visita sucederá también lo que sigue: Y se avergonzará la luna y se confundirá el sol, lo mismo atestiguando el Señor en el Evangelio, quien dice: Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se

oscurecerá y la luna no dará su luz; y poco después: Y entonces todas las tribus de la tierra se lamentarán y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con gran poder y majestad, y enviará a sus ángeles con trompeta y gran voz y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos. Pero lo que el profeta añade como bajo el mismo texto en la clausura diciendo: Cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion y en Jerusalén y en presencia de sus ancianos sea glorificado, se cumplirá más bien una vez terminado el juicio, cuando, quitados los impíos, para que no vean la gloria de Dios, todos los santos entrarán en la mansión de la ciudad celestial para contemplar perpetuamente la apariencia de su Creador. Donde es de notar que, así como en este lugar se dice que sucederán como si fueran juntos, la razón manifiesta declara que sucederán separadamente, así también se entrelazan más arriba como si fueran juntos y bajo el artículo de un solo día de juicio, aquellas cosas que se sabe que se cumplirán en parte con el día del juicio inminente, en parte ya apareciendo. Pues, ¿quién de los lectores ignora que el rubor de la luna y la confusión del sol sucederán antes del día o en el mismo día del juicio, pero la glorificación del Señor no aquella que aparecerá a todos en el juicio, tanto a justos como a injustos, sino aquella que será revelada solo en presencia de sus ancianos, es decir, de los elegidos, será más bien mostrada a ellos cuando los impíos vayan al castigo eterno, y ellos a la vida eterna, en cuyo tiempo, si es que se puede llamar tiempo a lo que es eterno, no el rubor de la luna, no la confusión del sol oscurecerá el resplandor, sino, como dice el mismo profeta en otro lugar: La luz será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces como la luz de siete días, en el día en que el Señor atará la herida de su pueblo y sanará la herida de su golpe. Habiendo expuesto estas cosas sobre la cuestión más peligrosa, santo obispo, según nuestra medida, repito al final lo que dije al principio, que no me atreví a decir que entendí lo que el profeta quiso significar en ella. Sin embargo, espero, con la gracia suprema otorgada, que lo que escribí al discutir sobre ella no sea inconveniente ni para el texto de la lectura profética ni para la razón de la fe católica. Pero tampoco creo que será infructuoso para mi lector en lo que escribí, a quien, aunque no supe introducir en el santuario del sentido profético, al menos lo alejé más del arado de la decepción herética, advirtiéndole, a saber, que no interprete mal las palabras del profeta, creyendo que los pecadores condenados una vez al calabozo del infierno por sus crímenes serán alguna vez revocados por la visita divina al perdón, sino que más bien cuide diligentemente de sí mismo y de los suyos, para que, purificados de los vicios, adornados con buenas obras, esperen el último día, lo cual no hay duda de que el profeta y todos los maestros de la Iglesia han enseñado. Que la gracia suprema se digne siempre ayudar a vuestra beatitud intercediendo por nosotros.

EPISTOLA XVI. Sobre las siete Epístolas canónicas.

Jacobo, Pedro, Juan y Judas publicaron siete Epístolas, que la costumbre eclesiástica llama católicas, es decir, universales. En las cuales, por esta razón, se coloca primero la Epístola de Santiago, porque él asumió el gobierno de la Iglesia de Jerusalén. En el catálogo de los apóstoles, suelen nombrarse primero a Pedro y Juan. Sin embargo, la fuente y origen de la predicación evangélica, comenzando desde Jerusalén, se difundió por el mundo y es universal. La dignidad de esta cátedra incluso el apóstol Pablo, al mencionarla, venerando dice: Santiago, Cefas y Juan, que parecían columnas de la Iglesia, o ciertamente porque él envió su Epístola a las doce tribus de Israel, que fueron las primeras en creer, con razón debía ser colocada en primer lugar; con razón la segunda de Pedro, porque él escribió a los elegidos extranjeros, que en griego se llaman prosélitos, es decir, a aquellos que se convirtieron del paganismo al judaísmo, y del judaísmo a la gracia de la elección evangélica. Con razón las Epístolas de Juan están colocadas en tercer lugar, porque él escribió a aquellos que creyeron de entre los gentiles, aunque no existieran ni por naturaleza ni por profesión. Finalmente,

muchos escritores eclesiásticos, entre los cuales está el santo Atanasio, prelado de la Iglesia de Alejandría, testifican que su primera Epístola fue escrita a los Partos. Con razón la de Judas está colocada al final, porque aunque él también es grande, es menor que los tres apóstoles precedentes; o porque primero fue escrita la Epístola de Santiago, luego la de Pedro, después las de Juan, por eso hasta ahora mantienen el orden en que fueron escritas. Pues consta que el bienaventurado Santiago consumó su martirio en el trigésimo año después de la pasión del Señor; Pedro en el trigésimo octavo, es decir, en el último año de Nerón, sufrió, y él mismo escribió en su segunda Epístola: Estoy seguro de que es inminente el despojo de mi tabernáculo según lo que nuestro Señor Jesucristo me significó por revelación. De donde se evidencia que escribió esta Epístola cuando se acercaba su pasión, mientras que mucho antes Santiago había migrado a Cristo. Ni convenía separar sus Epístolas, que escribió a las mismas Iglesias. Por otra parte, Juan mucho tiempo después escribió sus Epístolas y el Evangelio, quien después de la muerte del Señor, al regresar del exilio, encontró la Iglesia turbada en su ausencia por los herejes, a quienes en sus Epístolas frecuentemente llama Anticristos.